

FRAGMENTOS

OFICIOS Y PERCEPCIONES DE LAS MUJERES DEL CAMPO

Loreto Rebolledo





Loreto Rebolledo González (1950), Antropóloga, Maestra en Historia Andina (Flacso, Quito).

Realizó estudios de periodismo (Universidad Católica de Chile). Actualmente, es investigadora del CEDEM.

Ha publicado diversos artículos sobre el tema de mujeres campesinas.

LORETO REBOLLEDO

FRAGMENTOS

Oficios y percepciones de
las mujeres del Campo

Ediciones

CEDIMI
centro de estudios para
el desarrollo de la mujer

Serie Ensayos:

Diagramación y Producción : Juan Carlos Ramírez.

Foto portada: Kena Lorenzini.

Dibujos: Mujeres participantes. En la Escuela de mujeres rurales (1988).

Impresión: Arancibia Hnos. y Cía. Ltda.

INDICE

Pasado y presente de los oficios artesanales femeninos: Alfarería y textilería	9
Las mujeres artesanas y el mundo publico: Reciprocidad y oficio	23
Percepciones y representaciones femeninas	39
Adaptación y continuidad: respuesta de las mujeres campesinas ante las transformaciones del agro chileno	75

PRESENTACION

El libro de la antropóloga Loreto Rebolledo, **Fragmentos. Oficios y Percepciones de las Mujeres del Campo**, es una recopilación de artículos y ponencias que la autora ha escrito y que hoy se reúnen en este volumen. Fragmentos porque son partes, trozos del mosaico que compone el rostro y el cuerpo femenino rural chileno. Así, la mirada sobre oficios antiguos y artesanales sobre interpretaciones que las mujeres levantan de su historia y de los cambios en ella acaecidos, conforman una óptica que va bordando la trama de una forma de morar el mundo.

Los artículos compilados nos muestran las vivencias de sujetos, las mujeres campesinas, que muchas veces desmienten los estereotipos asignados al género. La “pasividad”, por ejemplo, se troca en actividad cuando conocemos las relaciones sociales que las artesanas despliegan en la venta de sus obras. Por otro lado, el atributo de la creatividad que las define, nos aproxima a una silueta femenina que no es marginal ni a la recreación de la cultura ni al entorno que la rodea.

La memoria histórica de las mujeres, expresada en dibujos que modelan sus representaciones sobre el pasado, nos confronta a la manera peculiar en que ellas aprehendieron acontecimientos y períodos. Historia que, casi siempre, ha sido narrada desde la mirada masculina, y que

a través de la iconografía femenina comienza a ser leída desde otros ángulos.

De esta manera, **Fragmentos** interpela al lector en cuanto a la imagen, comúnmente osificada, sobre las moradoras rurales y propone —a modo de retazos— una forma de asir su historia y sus transformaciones. Los trazos que Loreto Rebolledo escribe son, sin duda, un valioso aporte al gesto colectivo de perfilar y especificar la posición de las mujeres chilenas.

Sonia Montecino

PASADO Y PRESENTE DE LOS OFICIOS ARTESANALES FEMENINOS: ALFARERIA Y TEXTILERIA.*

Este artículo fue publicado en Sinopsis de una realidad
ocultada, Valdés (1987)

Entre los diversos oficios de las mujeres que pueblan el campo, los más característicos son: el hilado, el tejido y la alfarería. Desde mucho antes de la paciente Penélope hasta nuestros días, las mujeres han estado tejiendo y elaborando a partir de los hilos y el barro diferentes tipos de redes: de solidaridad, de esperanza y de resistencia en caso de crisis. Ambos oficios son poco conocidos y valorados socialmente, debido a que son desarrollados por mujeres, en un espacio privado como es el hogar y en el tiempo libre dejado por las labores reproductivas. Sin embargo, estos trabajos artesanales tienen una importancia fundamental en áreas agrícolas deprimidas, como complemento de las actividades realizadas en pequeñas parcelas o como sustento único en zonas rurales donde el campesino ha perdido el acceso a la tierra.

En las estadísticas no hay constancia explícita de estos oficios. La actividad productiva de la mujer rural tiende a perderse tras su rol reproductivo, y allí donde en los censos sólo aparece una dueña de casa - la oscura figura de la mujer "ayuda familiar no remunerada" - muchas veces se esconde una hilandera, una tejedora, o bien una alfarera.

La utilización de métodos que privilegian aspectos cualitativos en la investigación, como la historia de vida, la entrevista en profundidad y la observación participante, nos ha permitido detectar no sólo la presencia de estos oficios femeninos sino valorarlos como una forma de resistencia desplegada por las mujeres campesinas para frenar el proceso

de emigración del campo y postergar la proletarianización permanente en el sector rural.

La realización de trabajos artesanales por parte de las mujeres campesinas ha permitido abaratar los costos de reproducción familiar, al producirse en el hogar las prendas necesarias para resolver el problema de vestuario del grupo doméstico, en el caso de hilanderas y tejedoras, y de equipamiento de cocina y loza, en el caso de las alfareras, sin tener que recurrir al mercado para abastecerse de ellos. Además, la producción artesanal femenina posibilita, en situaciones normales y cuando se tiene algo de tierra, complementar el ingreso familiar con dinero o productos alimenticios, dando una relativa independencia económica a las mujeres casadas y una total autonomía a las jefas de hogar. En situaciones de crisis agraria, los trabajos artesanales de la mujer adquieren especial relevancia ya que muchas veces se constituyen en el único ingreso estable del grupo familiar.

La alfarería y las labores textiles son oficios tradicionalmente femeninos con raíces pre-hispánicas. El trabajo textil alcanzó un gran desarrollo y perfección técnica durante el imperio incaico, y era un trabajo exclusivamente femenino. La mujer indígena de la sierra recibía de su "curaca" una cantidad de lana de llama y alpaca que debía tejer para el Inca, armonizando su tiempo de trabajo para el Estado con la producción de tejidos de autosubsistencia para su familia y las labores domésticas (Cf. Murra, 1975).

Durante La Colonia subsiste la importancia del trabajo textil para el Estado bajo la forma de tributo en productos; paralelamente se mantiene el tejido de autosubsistencia.

El primero se destina a la comercialización por parte de los encomenderos y durante el siglo XVI se constituye en "moneda natural" ya que era obligación del encomendero pagar el salario de los indios mitayos en textiles y alimentos (Góngora, 1970).

La importancia de los tejidos producidos por el grupo indígena se hace evidente por el alto valor que alcanzaban los textiles europeos importados a los que sólo podían acceder los españoles ricos. Inicialmente, los géneros americanos eran elaborados por mujeres indígenas en sus casas y entregados al encomendero como tributo.

En Chile, los centros principales de elaboración textil, eran las zonas sureñas de Osorno, La Unión y Chiloé y la zona central del país. Lentamente, a este primer orden textil colonial, se agregan los obrajes, ubicados en villorrios y aldeas rurales, tanto del centro como del sur del país, donde el proceso de trabajo es controlado por españoles y realizado por mitayos y mujeres indígenas, con técnicas europeas.

En Chile, algunos de estos obrajes alcanzaron gran importancia (El Salto, por ejemplo) y lograron exportar géneros y bayetas a Perú, Bolivia y al norte argentino. Sin embargo, los obrajes decaen y se extinguen en las primeras décadas del siglo XVII debido a la pérdida de mercados externos -por la competencia de los obrajes de Quito y la producción textil brasileña- y, por causas internas, como la destrucción de los obrajes de Osorno e Imperial provocada por los levantamientos mapuche y la escasez de fuerza de trabajo indígena, que en el período se destina, de manera preferencial, a la elaboración de sebos y cordobanes para la exportación.

La desaparición de los obrajes nacionales obligó a los encomenderos a importar telas desde Quito para poder pagar los salarios de los mitayos, pero estas importaciones no lograron cubrir las necesidades del mercado interno popular y debió revalorizarse el trabajo textil doméstico realizado por las mujeres. Para esta época, el trueque textil aparece como la forma usual de intercambio en grupos de indígenas y de blancos pobres. Se cambia lana por tejidos, tejidos por alimentos, hilo por granos (Góngora, 1970).

A fines del siglo XVIII, al producirse la declinación de las exportaciones a Potosí, por la crisis minera en esa área de Bolivia, se produce un proceso de desmonetarización general que se traduce en una migración ciudad-campo para evitar los gastos de la ciudad. Una vez más, se revitaliza el trabajo textil femenino de autosubsistencia como forma de resistir la crisis. A finales de este siglo, la mayoría de las mujeres de pueblo se dedicaban a tejer, teñir y confeccionar ropa. El aprendizaje del oficio se hacía al interior de la familia, se transmitía de madres a hijas o entre vecinas y se usaban técnicas tradicionales que permitían la fabricación casera de los instrumentos de trabajo, lo que posibilitaba apelar a este conocimiento en los momentos de crisis para mantener a sus familias.

A fines del siglo XVIII, sólo en Chillán, las mujeres produjeron cien mil varas de bayeta en un año, producción que trocaban por mercaderías llevadas por intermediarios santiaguinos. Esta actividad semiautónoma de las mujeres permitió no sólo el sustento del grupo familiar y la crianza de los hijos, sino muchas veces posibilitó ampliar las posesiones de tierras de los campesinos añadiendo por compra, nuevos

pedazos o parcelas a la propiedad conyugal. A fines del siglo XVIII y primeras décadas del XIX se produjo un fuerte proceso de descampesinización que se tradujo en una emigración masiva de los hombres desde las zonas rurales a los centros mineros urbanos. En esta situación de crisis agraria y de abandono del campo por parte de los hombres, las mujeres se constituyeron en el eje de la economía familiar desarrollando diferentes actividades de subsistencia complementarias, como el trabajo en el huerto, la confección de artesanías y el comercio de éstas. Ancladas en el medio rural, las mujeres campesinas lograron desarrollar una economía semi-autónoma que les permitió sustentar a sus grupos familiares. En ese sentido, la artesanía jugó un rol fundamental ya que su producción permitió trocirla por alimentos a los cuales no podían acceder por el estrechamiento de las tierras y por la falta de mano de obra masculina (Salazar, 1985).

La inundación de tejidos europeos comienza en 1817. Sin embargo, la importación textil no logró desplazar del mercado popular a la producción doméstica. Las mujeres rurales siguieron produciendo su propio vestuario y así en 1854 - cuarenta años después del inicio de las importaciones - aún existían 85.048 hilanderas y tejedoras, es decir, el 18 por ciento de la clase trabajadora total. En tanto las loceras sumaban, en ese mismo año - 1854 - 2.557 mujeres. Sin embargo, con el avance de la industrialización se fue reduciendo el mercado popular tradicional de tejidos y ya en 1920 quedaban sólo 16.945 hilanderas y tejedoras. También las loceras habían disminuido a 352 (Salazar, 1985:264).

Con respecto a la alfarería, se trata asimismo de una artesanía femenina con raigambre indígena. Tanto en Pomai-

re como Quinchamalí, la confección de loza, ollas, recipientes para guardar y preparar alimentos fueron trabajos realizados por mujeres; el carácter utilitario de esta producción era el que le daba un valor importante dentro de la esfera doméstica. Así, en Pomaire como Quinchamalí la producción alfarera femenina estuvo presente durante el período colonial cumpliendo un rol importante dentro de la economía campesina. En ambos casos, hasta mediados de este siglo, el proceso de trabajo alfarero vinculado a la elaboración de alimentos estuvo exclusivamente en manos femeninas. Desde la fase de recolección de la materia prima, preparación (pisado de la greda), confección de los instrumentos de trabajo, producción de la loza y su posterior bruñido y cocción.

De la confección de objetos domésticos se pasa, a mediados del siglo pasado, a la elaboración de objetos con figuras antropomorfas en Quinchamalí, aún cuando se conserva el carácter práctico del producto (Cf. Montecino, 1985). Por la misma fecha, en Pomaire, se inicia la mercantilización de la producción alfarera (Cf. Valdés, 1986). Inicialmente, el intercambio de la loza - chaveleo o conchavo - era realizado por las mujeres en zonas cercanas a su residencia donde se trocaba loza por alimentos; a partir de 1853 sale la primera caravana de carretas a vender loza a la ciudad de Valparaíso. Este intercambio a mayor distancia era realizado por hombres, pero no desplazó el trueque femenino de loza por granos. Para esta época, los campesinos pomairinos habían visto estrecharse sus tierras por el avance de la hacienda, coincidiendo esta pérdida con la mercantilización de la loza elaborada por las mujeres. Esto permite plantear que la alfarería contribuyó, en Pomaire, a resistir y contrarrestar el proceso

de descampesinización. El aporte de alimentos y dinero procedente de la producción locera femenina posibilitó la subsistencia del grupo familiar campesino que había perdido sus tierras o que las había visto disminuir considerablemente.

Las importaciones y el despegue de la industrialización también afectaron a la alfarería. Así es como la actividad desaparece de zonas como Melipilla y Talagante. Sin embargo, en Pomaire sobrevivió el oficio debido a su acomodación a la nueva situación del mercado: paralela a la producción de objetos utilitarios para un mercado campesino se desarrolla una producción alfarera destinada al consumo urbano.

Esta adaptación al mercado provocó una serie de transformaciones en Pomaire, que cristalizan en las últimas décadas. En 1950 un 95 por ciento de las mujeres de la aldea se dedicaban a la alfarería, lo que da cuenta del carácter femenino de esta producción. De ahí en adelante se produce una creciente masculinización del trabajo alfarero debido a diferentes factores entre los que destacan el proceso de Reforma Agraria, que incidió en la pérdida de los trabajos agrícolas permanentes de los hombres y acentuó la minifundización; y la introducción de cambios técnicos en el proceso de trabajo, como el torno y la máquina de moler la greda, que posibilitaron el desplazamiento masculino desde el trabajo agrícola a la alfarería, relegando a la mujer a un segundo plano, en un oficio que era de su dominio.

El oficio alfarero se transforma totalmente por esta masculinización: de una producción de tipo artesanal se pasa a la manufactura realizada en talleres con mano de obra

asalariada que utiliza maquinaria especial para moler la greda y tornearla y cuya producción es entregada a intermediarios o comerciantes locales que la orientan hacia el mercado urbano y turístico.

En Quinchamalí y Pilén, la actividad alfarera sigue en manos de las mujeres y su producción se orienta a mercados rurales y urbanos locales. El ingreso por concepto de loza, en el caso de las mujeres casadas con tierra se transforma en un complemento de la economía campesina, y en el caso de mujeres jefas de hogar, es la única fuente de ingresos del grupo familiar.

En el contexto de crisis por el cual atraviesa actualmente la sociedad chilena, en que a la falta de tierras de los campesinos se agrega la cesantía y la inestabilidad laboral masculina, una vez más se revitaliza la actividad artesanal textil y alfarera, como una forma de subsistencia y resistencia al proceso de migración y proletarización; actividades cuyo eje - en todos los casos, excepto Pomaire en la actualidad - es la mujer campesina. Una vez más, en el contexto de crisis las mujeres apelan a su memoria histórica, a sus conocimientos de oficios tradicionales para enfrentar la situación y transformarse en el centro de la economía familiar campesina.

Con la industrialización y el aumento de las importaciones las artesanas, al perder el mercado popular, se replegaron al espacio doméstico, allí siguieron practicando sus oficios de manera restringida, pero al surgir la crisis, al aparecer la cesantía masculina, las mujeres amplían su producción artesanal buscando resolver el problema de la reproducción familiar. El despliegue de esta estrategia es posible por-

que el conocimiento de las técnicas de trabajo se mantuvo en el ámbito doméstico, gracias a la transmisión de madres a hijas. Además, porque no se depende del mercado para obtener los instrumentos de trabajo, los cuales son producidos por las propias mujeres (las alfareras trabajan con conchas, palitos de madera y cuchillos elaborados por ellas mismas; los husos, torteras y telares, que usan las hilanderas y tejedoras por su sencillez son hechos en la casa).

Otro factor explicativo de la revitalización del oficio como forma de resistencia femenina, es el control del proceso de trabajo por parte de la mujer, desde la obtención de la materia prima hasta la elaboración del producto, y porque puede contar con la colaboración familiar femenina para determinadas fases de la producción sin tener que pagar salarios. Sin embargo, las ventajas que se encuentran en el momento de la producción se transforman en desventajas al pasar al momento de la circulación de los productos. Mientras la producción en tiempos pretéritos era canalizada a través del intercambio recíproco entre campesinos, al intensificarse la producción artesanal es necesario realizar la venta del producto fuera de las zonas rurales de la localidad y, en este punto, es donde las mujeres artesanas enfrentan los mayores problemas.

El trabajo artesanal, por el hecho de ser una actividad que se realiza de manera aislada, al interior del hogar y en los tiempos de descanso de las tareas reproductivas no es percibido - tanto por las artesanas como por los consumidores - como un trabajo; lo que se expresa en los bajos precios que se pagan en el mercado por estos productos.

Al problema de los bajos precios obtenidos en el mercado -que muchas veces no logran pagar el tiempo de trabajo de la artesana o no alcanzan para costear el transporte de los productos- se agrega la inexistencia de canales adecuados de comercialización, la carencia de mercados locales cercanos en los cuales vender directamente, la falta de ayuda gubernamental, el abuso de los intermediarios y el desconocimiento de las mujeres artesanas de las leyes que rigen el mercado. Todo esto se traduce en un intercambio desigual y en el establecimiento de relaciones asimétricas con los intermediarios, que acumulan las mayores ganancias comprando a bajo precio a las artesanas y vendiendo más caro en el mercado.

El paso de un sistema de intercambio recíproco, más bien simétrico, de tipo horizontal y personalizado -que es el que practican las mujeres campesinas entre sí, cambiando lana por granos, lana por textiles, ollas por cereales, loza por comida- a un sistema de intercambio de mercado, con relaciones asimétricas, verticales y despersonalizadas, se transforma en una situación difícil de manejar para la artesana campesina, quien además de sufrir los problemas enunciados anteriormente, debe soportar la competencia de otros productos lo que la obliga a preocuparse de la calidad y el diseño si quiere vender, debiendo adecuarse a los vaivenes de una inoda ajena a su modo de vida y a su cultura.

Por otra parte, el hecho de que las artesanías se hayan transformado en producto de consumo turístico agrega nuevas dimensiones al problema de la comercialización, en la medida en que los consumidores de ellas privilegian los aspectos artísticos por encima del carácter utilitario del produc-

to, situación diametralmente opuesta a la del intercambio entre campesinos, ya fuera a través del trueque de textiles por alimentos o el trueque de alfarería por granos, aquí la relación productor/consumidor no sólo es más vertical - al darse entre miembros de clases distintas - sino también se trata del encuentro de dos culturas diferentes: la urbana y la campesina.

BIBLIOGRAFIA

- Góngora, Mario **Encomenderos y estancieros**, Universidad de Chile, Sede Valparaíso, Dpto. de Historia, Santiago, 1970.
- Montecino, Sonia **Quinchamalí: reino de mujeres**, CEM, Santiago, 1985.
- Murra, John **Formaciones económicas y políticas del Mundo Andino**, IEP, Lima, 1975.
- Salazar, Gabriel **Labradores, peones y proletarios**, Ediciones SUR, Santiago, 1985.
- Valdés, Ximena y Matta, Paulina **Oficios y trabajos de las mujeres de Pomaire**, CEM, Santiago, 1986.
- Valdés, Ximena et al. **Sinopsis de una realidad ocultada**. (Las trabajadoras del campo), Ed. CEM, Santiago 1987.

LAS MUJERES ARTESANAS Y EL MUNDO PUBLICO: RECIPROCIDAD Y OFICIO.*

* Este artículo fue publicado en notas sobre una intervención educativa (Rebolledo, 1988)

En toda sociedad existen distancias, e incluso contradicciones, entre el "ser" y el "deber ser" social. Los individuos muchas veces no son ni se comportan como se supone deberían hacerlo de acuerdo a las normas y pautas establecidas por la cultura en que se desenvuelven. Asimismo, también hay distancias y contradicciones entre los sujetos reales y las percepciones que los otros tienen sobre ellos. En éstas muchas veces predomina lo subjetivo con una carga valórica determinada que distorsiona al sujeto real dejando entrever en él contornos difusos que más se asemejan a caricaturas que a personas de carne y hueso. Este tipo de percepciones o representaciones ideologizadas, condensadas en los estereotipos sociales, tienen el problema de reducir al otro a algo que no es.

El estereotipo de la mujer rural operante en nuestra sociedad tiende a caracterizarla como profundamente conservadora, desconfiada, encerrada en su casa y poco aficionada a incursionar fuera de su mundo familiar. Además se las visualiza como dependientes del marido para tomar decisiones, individualistas y poco participativas en organizaciones.

Sin embargo, cuando se ve la realidad sin el velo de la ideología el estereotipo se viene abajo y aparecen las mujeres reales. Entonces resulta difícil encasillarlas dentro de ese modelo.

Un sector importante de las mujeres rurales, en el pasado y en el presente han desplegado una serie de iniciativas y desarrollado distintas actividades que no corresponden a los comportamientos a los que alude el estereotipo (Salaazar, 1985).

En este artículo nos interesa revisar la situación de un sector de las mujeres rurales: las artesanas. La elección de ellas no es arbitraria, se sustenta en la permanencia histórica de los oficios artesanales femeninos más allá de los avatares de los diversos modelos agrarios implementados en el país. Esto permite postular que existe un comportamiento de las mujeres artesanas en los espacios extradomésticos que no es coyuntural que tiene una vigencia a través del tiempo.

Las artesanas rurales, como portadoras de oficios heredados de sus antepasadas no sólo son mujeres que producen sino también, que se vinculan a sus localidades e incluso fuera de ellas a partir de su actividad específica. La labor de la artesana no concluye con el término de la facturación de un producto, su trabajo recién finaliza cuando logra transformar ese producto en dinero y es en esta instancia donde la iniciativa femenina cambia de espacio.

En el momento de la producción la mujer está dentro de su casa, pero en el momento de la realización de su producto debe proyectarse fuera de los límites de ésta. Se desplaza así de los dominios privados para enfrentarse al mundo público. Una gestión exitosa en este último reportará dinero y permitirá abrir las puertas a nuevas relaciones sociales que a la larga, beneficiarán a la familia. En este "traslado" al mundo público la artesana refleja su modo de relacionar-

se con la gente a partir de su experiencia como mujer y como campesina. Su forma particular de ser mujer y su matriz cultural campesina están presentes en cada una de sus interacciones con los demás, adaptando esa matriz a cada una de las circunstancias.

Las loceras de Pilén^{1/}, que viven aisladas unas de las otras y trabajan por su cuenta de manera individual en sus casas, una vez que terminan sus piezas van a venderlas a la Feria de Cauquenes, allí se encuentran con otras loceras y durante todo el día establecen contacto directo con el público. Hombres y mujeres residentes en el campo y en la ciudad son los compradores de su artesanía. Como el contacto compra-venta se realiza cara a cara es importante que el comprador quede satisfecho para que así vuelva a comprar en otra ocasión.

El regateo, el descuento y "la yapa", son algunos mecanismos utilizados por las mujeres para personalizar la relación de mercado, los cuales se combinan y complementan con la conversación, la sonrisa, la broma. La presencia de estos mecanismos hace aparecer la relación de mercado ya no como una relación circunstancial, fría e indiferenciada -donde un sujeto com-

1/ Pilén es una aldea campesina cercana a la ciudad de Cauquenes, donde los hombres se dedican a la agricultura ya sea como asalariados en los fundos cercanos o en sus pequeñas propiedades. Las mujeres se dedican a la alfarería, además de realizar el trabajo doméstico y algunas tareas productivas en el huerto, o en las tierras familiares.

pra lo que el otro vende- sino que queda matizada por la "amistad" casera-cliente que continuará a través del tiempo, no sólo en términos de compra-venta sino de intercambio de pequeños favores o regalos donde el cliente puede regalar diarios que ya leyó a la casera, o cajas que no necesita, y que para la mujer son útiles para envolver y embalar sus productos.

El manejo de la situación de mercado requiere de una gran sutileza de las mujeres, pues deben equilibrar la complacencia del cliente sin deteriorar la relación con las otras artesanas que la rodean, que suelen ser parientes o vecinas con las cuales deberá encontrarse semana a semana y con las que mantiene otras formas de intercambio de bienes y servicios (por ejemplo, que la artesana que está al lado le cuide el puesto y le venda mientras ella hace sus compras para la casa).

Los contactos que las artesanas de Pilén establecen en la feria no sólo abarcan a los clientes y a otras congéneres, allí también se encuentran otros productores, transportistas, funcionarios municipales encargados del cobro de la tarifa de los puestos, turistas poco interesados en comprar, pero curiosos por saber algo más de la elaboración de la greda, comerciantes establecidos en las calles donde se ubica la feria, intermediarios que operan en la localidad; y frente a cada uno de estos sujetos la mujer debe tener una actitud adecuada, pues en cualquier eventualidad necesitará de ellos.

Así, por ejemplo, es posible ver que las mujeres llegan a la feria el día viernes en la tarde con sus lozas, venden en la calle hasta que anochece y como no pueden desplazar-

se con las cajas de alfarería hasta el lugar donde pernoctan, para ocupar su puesto en la feria al día siguiente, a primera hora, recurren a comerciantes instalados en la misma calle para dejar allí sus productos. A cambio de este favor, las mujeres hacen las compras hogareñas a ese mismo comerciante.

Un intercambio de favores similar en el fondo, pero diferente en la forma, es el que establecen algunas artesanas con el dueño del bus que las transporta de Pilén hacia la feria. El dueño cobra una cantidad de dinero por cada caja que las mujeres llevan, además del pasaje, en algunos casos cobra menos cajas a una determinada mujer. Esta le "devolverá la mano" vendiendo junto con su artesanía huevos u otros productos del dueño de la micro que éste no puede comercializar directamente por estar haciendo viajes.

Este tipo de relaciones fuertemente personalizadas y matizadas por intercambios de favores recíprocos también se da con los intermediarios que concurren a comprar directamente a las casas de las loceras. A ese intermediario la locera le "hace un precio" por la venta de varias piezas; a cambio, él, en un próximo viaje traerá algún encargo que la mujer solicite, o bien le retribuirá con algún servicio en la ciudad.

Los tres ejemplos anteriores muestran cómo la mujer artesana, a través de la comercialización de las piezas, producto de su actividad en un oficio, amplía su marco de relaciones, aprovechándolas en beneficio propio y de su grupo familiar proyectando así las utilidades más allá del plano estrictamente económico.

Este modo de ser y de hacer es característicamente campesino y tiene sus raíces en el pasado. Lo que llama la atención es que este modelo se prolongue más allá de los espacios intra-rurales y actúe también en relaciones contractuales, como son las de mercado.

En la feria al relacionarse con los otros, la artesana combina las transacciones del mercado, donde se intercambian productos por dinero a partir de valores explícitos, y las transacciones recíprocas con o sin dinero. En éstas predominan expectativas implícitas y valores difíciles de medir, a diferencia del sector masculino campesino que parece utilizar combinadamente las dos formas pero en el espacio rural.

Ejemplos que muestran cómo la combinación de intercambios aún se mantiene en el campo, referidos a la actividad artesanal, los hemos encontrado entre las hilanderas y tejenderas de Colchagua, en una situación donde no existe mercado o feria. Allí las relaciones se restringen a la localidad, los intercambios recíprocos en este caso son a una distancia menor y muchas veces sin dinero, pero el modo de operar es el mismo. En Mata Redonda, Población o Rinconada de Molineros es posible ver que una mujer que tiene ovejas en su parcela y no está en condiciones de hilar la lana que sus animales producen, resuelve el problema estableciendo una mediería con otra mujer que sabe hilar pero no tiene lana. Así, una aporta la materia prima y la otra el trabajo y luego el producto se reparte entre las dos; en otros casos es posible que la mujer que aporta el trabajo no necesite lana, pero le hagan falta en su casa algunos alimentos, en ese caso la dueña de la lana le dará a cambio del trabajo una cantidad de granos.

El intercambio de servicios por materias primas también se da en otras áreas campesinas. En Chovellén, por ejemplo (provincia de Maule) mujeres que hilan y tejen concurren a ayudar en la esquila de las ovejas a un propietario de ganado, a cambio de su ayuda reciben vellón con el cual podrán tejer para la familia o para el mercado (el trabajo = ayuda se intercambia por vellón = salario). Este tipo de intercambios requiere de un conocimiento e interrelación anterior entre las partes que lo hacen. No hay un contrato explícito, pero se trata de relaciones contractuales marcadas fuertemente por la reciprocidad pues lo que se da a cambio de la ayuda (trabajo) correspondería a un salario o pago en dinero, pero aparece para ambas partes como un intercambio de favores, servicios por bienes, o servicios por otros servicios^{2/}.

Vemos así que entre las mujeres portadoras de un oficio existen diferentes maneras de realizar un producto y obtener materias primas, ya sea en una situación de mercado o fuera de ella, pero muchas veces interviene de manera importante la relación personal que establecen con el cliente. En estas relaciones personalizadas opera la reciprocidad (simétrica o asimétrica) ya sea en la compra = venta o en otros

2/ El intercambio de favores (bienes y servicios) a partir de relaciones recíprocas tiende a ser más desigual (asimétrico) mientras mayor es la distancia social entre las partes que lo establecen. Es de hacer notar que esta desigualdad no parece provocar mayores problemas a las mujeres excepto en los casos en que la relación con el otro se hace demasiado desequilibrada en términos económicos, y adquiere características de abuso (acá entra a intervenir el criterio ético); en ese caso la relación se romperá si los costos de la ruptura no son mayores en términos sociales y económicos o bien se mantendrá si pese al abuso hay expectativas de compensación a futuro. Un ejemplo del primer caso lo vimos en Colchagua donde una hilandera quedó disconforme con la cantidad de granos que le dieron a cambio de su trabajo por lo cual optó por no volver a hacer tratos con la mujer que abusó; esta ruptura fue posible ya que la hilandera contaba con otras comadres y vecinas que tenían lana para hilar

ámbitos. Lo interesante es que en ambos casos la interrelación con el otro se da a partir del oficio.

Lo particular de la manera de operar de las mujeres artesanas respecto a otras mujeres campesinas, es que el pretexto utilizado para establecer la relación con el otro lo da el oficio. En el medio campesino donde los intercambios recíprocos se siguen manteniendo en áreas menos modernizadas, el sector masculino establece los intercambios con los otros a partir de la tierra (su trabajo y sus productos), por ejemplo, en los mingacos, las medierías y la vuelta de mano. La forma de interacción con los otros de las mujeres artesanas es similar a la de los campesinos hombres. Sin embargo, los manejos masculinos están circunscritos al plano local, a diferencia de las relaciones de la artesana que rebasan los límites locales.

La actividad de la mujer artesana en el ámbito extra-familiar muestra una iniciativa de corte empresarial a pequeña escala nada despreciable, de cuyos frutos se beneficia el conjunto del grupo familiar en que está inserta. Aquí nos hemos referido a las loceras de Pilén utilizándolas como ejemplo del manejo en la feria y a las hilanderas y tejenderas de Colchagua y

pero no tiempo para hacerlo. Un ejemplo del segundo caso también lo vimos en Colchagua, donde una tejendera trabajó durante un tiempo en casa de una parcelera que tenía un telar pero no sabía usarlo. La tejendera enseñó el trabajo a la parcelera, trabajó para ella durante un tiempo y el salario recibido a cambio fue percibido como bajo respecto a la energía y conocimiento entregados. Sin embargo, la tejendera no rompió la relación con la parcelera pues tenía la expectativa de obtener otros beneficios de ésta. Así fue y meses más tarde la hermana de la parcelera le consiguió trabajo en Santiago al marido, lo que les permitió migrar a la ciudad con la garantía de un trabajo.

Cauquenes como ejemplos del manejo de relaciones dentro del espacio campesino en ausencia de mercado (de productos en el primer caso, de trabajo en el segundo), pero este tipo de iniciativas las tiene la mayor parte de las artesanas del país.

En Rari, las tejedoras de crin de caballo se desplazan a Panimávida aprovechando la época de turismo para vender sus tejidos; en otoño e invierno -en que desaparecen los turistas y las mujeres no pueden vender directamente al público- entregan a consignación sus productos a comerciantes y puesteros de Panimávida con los cuales tienen cierta amistad que se alimenta a través de pequeños regalos: frutas de la estación, algunas hortalizas o pan amasado. En el pasado, sus madres y abuelas aprovechaban el paso de los trenes para vender en la estación productos artesanales y alimentos cocinados por ellas.

Los cesteros de Huentelolén también salen de su localidad en la época de verano para vender sus productos; se desplazan hacia los centros turísticos cercanos (Lago Lanalhue, Tirúa, playas de Lota). En estas salidas puede ir el grupo familiar completo o bien la pareja conyugal, sin embargo en ambos casos, el papel de la mujer es fundamental, ya que ella es la que atrae a los posibles compradores utilizando su vestimenta tradicional de mujer mapuche. Una situación similar se da en el mercado de Temuco, donde mujeres mapuches residentes en la ciudad que actúan de intermediarias en el mercado, usan el traje típico para atraer turistas y dejar la impresión de que son productoras de los tejidos que venden, escondiendo así su calidad de revendedoras.

La mejor capacidad de manejo de las relaciones en el mercado por parte de las mujeres, reconocida ampliamente entre los mapuche y huilliche, se manifiesta en que suele decirse que ellas son capaces de lograr mejores precios por los productos que venden. Por ello, no es extraño que sean las mujeres quienes establezcan los precios de los productos artesanales (femeninos) y agrícolas (masculinos) después de un largo regateo con los intermediarios en los cuales suele estar como observador el miembro masculino del grupo familiar que las acompaña.

Además del manejo en las localidades y en las ferias y mercados cercanos, las artesanas tienen otros medios de vincularse con el mundo público más allá de las zonas donde residen. La participación en ferias de artesanía de carácter regional y nacional obliga a la mujer artesana no sólo a desenvolverse lejos de su entorno, sino que también le requiere aprender a relacionarse con otro tipo de público y de funcionarios.

En la medida en que a estas ferias sólo concurren aquellos artesanos invitados especialmente por los organizadores, la mujer que desea participar tendrá que encontrar los mecanismos para hacerse notar por éstos y así conseguir ser seleccionada. Luego tendrá que buscar la forma de lograr que esa invitación se mantenga, para lo cual suele recurrir al envío de correspondencia durante los meses previos a la realización del evento, en algunos casos se acerca personalmente para recordar que está interesada en asistir. Este "recordatorio"

suele ir acompañado de una pieza especial de artesanía o de algún producto alimenticio típico de su zona que saben es de gusto de los funcionarios. De esta manera fortalecen el lazo afectivo personal y para los organizadores se hará más difícil dejar de invitarla.

Este mismo tipo de manejo tiende a repetirse con los empleados de organismos e instituciones vinculadas a la artesanía. En esta situación vemos que subyacentemente la mujer artesana espera una reciprocidad, que trata de asegurar personalizando al máximo posible la relación con los otros, para dejar de ser un individuo indiferenciado y tener un rostro y un nombre determinado.

Tenemos así que la artesana no sólo se mueve con soltura dentro del plano local sino también en el ámbito extralocal y en ambos casos su relación se establece a partir del ejercicio de un oficio y parte de un modelo de interacción básico con los otros: personalizar al máximo las relaciones y marcarlas con el sello de la reciprocidad.

En el plano local la artesana incursiona por ferias, mercados, se relaciona con intermediarios y comerciantes y también se aventura a participar en organizaciones locales y extralocales, participación que también se da en su calidad de artesanas. Tal es el caso de las loceras de Pilén que forman parte del Comité Vista Hermosa de la Cooperativa Campesina de Cauquenes, de las hilanderas de San Vicente de Tagua Tagua, que forman parte del comité cunícola de la Cooperativa de San Vicente de Tagua Tagua, de las artesanas de

San Juan de la Costa que son miembros del comité de artesanos de la Cooperativa de San Juan ^{3/}. Paralelamente participan en CEMAS, Juntas de Vecinos y otras organizaciones vinculadas al gobierno y ONG ^{4/}.

En estas organizaciones también encontramos la tendencia a personalizar relaciones y a buscar favores recíprocos. Es así como las loceras de Pilén socias de la Cooperativa han conseguido que ésta les ceda un espacio donde dormir los días de feria y en el que pueden dejar guardados sus productos de una semana a la otra. Las mujeres le "devuelven la mano" a la Cooperativa haciendo el almuerzo o la comida cuando hay reuniones donde se junta mucha gente o cuando hay algún invitado. Además son miembros de CEMA y allí, a cambio de su participación, consiguen diversos tipos de beneficios que escapan a los objetivos de la organización, por ejemplo conseguir un abogado para un hijo preso, conseguir lentes, hospitalizaciones de hijos enfermos, etc.

Las relaciones de las artesanas con el resto del mundo están atravesadas por la reciprocidad que más parece un regateo no explícito como en el mercado, pero que está presente a nivel de expectativas, yo doy esto ¿qué me das tú a cambio?

3/ Esto a nivel local, las mismas artesanas participan también en la organización ALMACEN CAMPESINO que reúne a artesanas de diversos lugares del país.

4/ Durante el período dictatorial, las ONG (Organismos No Gubernamentales) fueron los principales promotores de la organización de los sectores populares, especialmente de las mujeres.

parece ser la norma que guía la gestión empresarial a pequeña escala de las artesanías rurales. Gracias a esa manera de relacionarse no sólo consiguen dinero y beneficios para su grupo familiar sino logran y han logrado que su actividad se perpetúe pese a los bajos precios, a la desvalorización social de su trabajo y a la marginalidad de su producción.

La revisión que hemos hecho sobre los manejos de las artesanías en los espacios extrafamiliares nos devuelven la imagen de una mujer muy diferente a la del estereotipo de la mujer campesina. La artesana no es una mujer que vive encerrada en su casa mirando hacia adentro, por el contrario, es una mujer que sale a la calle, a la feria y a los mercados y que se desenvuelve en el mundo público con soltura y seguridad.

En sus salidas incursiona por espacios locales, regionales y nacionales, lo que muestra una movilidad territorial amplia, donde la interacción con los otros traspasa las barreras de clase, etnia y género. Maneja el código del mercado y del dinero con la misma facilidad que los códigos campesinos de la reciprocidad y solidaridad. Despliega combinadamente estrategias individuales, personalizando relaciones en el mercado y el intercambio, y colectivas ayuda mutua y organización con otras artesanías para conseguir sus objetivos económicos y sociales. Todo ello potenciando su condición de mujer y de campesina, cuyas gestiones callejeras se revertirán a la casa y la familia.

BIBLIOGRAFIA

Rebolledo, Loreto et al., **Notas sobre una intervención educativa**. Ed. CEM, Santiago, 1988.

Salazar, Gabriel **Labradores, peones y proletarios**, Ediciones SUR, Santiago, 1985.

PERCEPCIONES Y REPRESENTACIONES FEMENINAS:

DIBUJOS SOBRE LA HISTORIA
AGRARIA CHILENA.*

* Este artículo fue publicado en Notas sobre una intervención educativa (Rebolledo et. al. 1988)

El dibujo expresa gráficamente lo que la persona que lo realiza siente o piensa respecto a la situación que plasma en él; en este sentido es posible hacer múltiples lecturas de un dibujo: se lo puede leer estéticamente, o bien se puede analizar su forma de reflejar fielmente la realidad; se puede detener la mirada en la manera de combinar colores o en el modo de distribuir las figuras en el espacio, o bien concentrarse en lo que el dibujo dice de manera subyacente.

En este artículo intentaremos "leer" las percepciones y representaciones que hacen las mujeres sobre la Historia Agraria a partir de dibujos realizados por mujeres campesinas^{1/}.

El contexto en que se trazaron estos dibujos fue después de una reconstrucción oral del ayer en el campo chileno, a partir de la experiencia vivida por las mujeres mismas y por la memoria de lo contado por sus mayores. Luego de conversar largamente sobre el pasado del agro chileno, se llegó a caracterizar tres períodos claramente diferenciados: la hacienda tradi-

1/ Los dibujos fueron realizados por tres grupos de mujeres participantes a la II Escuela de Mujeres Rurales, realizada en 1987. Corresponden a una actividad realizada en el taller Trabajo, donde se revisó el tema de Condiciones de Vida y Trabajo en el campo, en el pasado y en la actualidad.

cional, la reforma agraria y el período actual.

Si se considera que la conversación sobre el pasado fue la materia prima de los dibujos y que ésta se dio a partir de la experiencia de cada mujer y de los recuerdos de lo narrado por sus padres y abuelos, podemos deducir que los dibujos reflejan la percepción de la realidad que tienen esas mujeres campesinas a partir de sus propias vivencias y las de sus parientes cercanos. Estas percepciones son formas de aprehensión de la realidad por parte de los sujetos que la construyen cotidianamente. Los recuerdos dan cuenta, entonces, de la manera en que estas mujeres campesinas perciben e interpretan su historia. En esta memoria están involucrados elementos objetivos (visibles y cognoscibles por otras vías) y subjetivos (cómo sienten e interpretan las propias mujeres lo vivido) que permiten tener una visión más completa de la realidad agraria pues aluden a lo ya sabido (lo objetivo) y a la interpretación que hacen aquellos que la vivieron.

El ejercicio de sintetizar en un dibujo las imágenes del pasado desencadena un doble juego de comunicación. Por una parte, la reconstrucción oral de una historia colectiva a partir de las experiencias de las participantes y, por otra, la codificación de esa historia en un dibujo, que implica transformar las palabras en signos donde el uso del espacio y del color puede permitir ahorrar explicaciones y dar cuenta de lo subjetivo. En este sentido, es imposible hacer una lectura de los dibujos abstrayendo lo conversado anteriormente cuando se caracterizaron los tres períodos, o bien pretender que los dibujos expresen fidedignamente lo que antes fue verbalizado. Ambas partes del proceso forman un todo donde en algunos aspectos resaltarán más las voces de la memoria colec-

tiva y en otros se harán más evidentes las percepciones subjetivas.

De cualquier manera, la conjunción de elementos subjetivos y objetivos en los dibujos permite dar cuenta de cómo ven el mundo agrario las mujeres, cómo lo interpretan y cómo se ubican ellas al interior de éste. En este sentido, al menos se pueden intentar dos lecturas de los dibujos complementarios a la visión del mundo; una desde la perspectiva de clase en lo que se refiere a relaciones sociales, condiciones de trabajo, distribución de la propiedad y otra desde una perspectiva de género que permite ubicar a la mujer dentro del espacio agrario en su rol laboral, familiar y en la toma de decisiones. Finalmente, es posible intentar comparar, a partir de los dibujos de cada grupo, las distintas percepciones de las mujeres considerando la edad y niveles de escolaridad.

La Hacienda: (1934-1967) ^{2/}

"Se pagaba la obligación, dos personas por casa,
el obligado y el agregado, tenía como garantía la casa, la ración de chacra,
galleta... Se trabajaba de sol a sol...
cuando veían que algún inquilino trataba de formar un grupo lo despedían... no

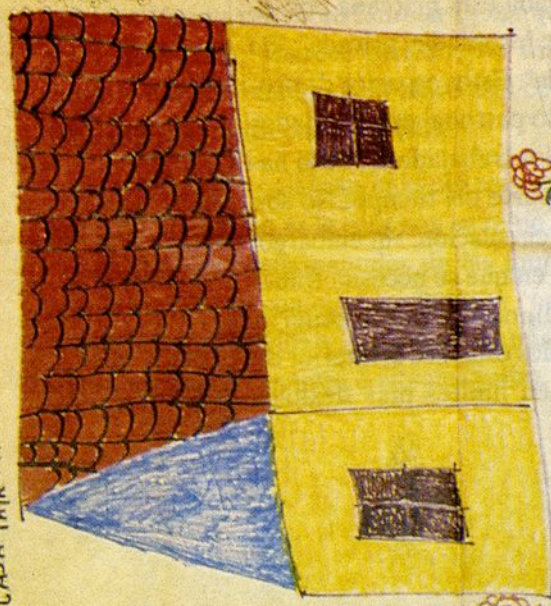
2/ El período que abarca la hacienda es mucho mayor, sin embargo hemos conservado la fecha 1934-1967 porque este es el tramo de tiempo que abarcó la memoria de las mujeres.

había vacaciones, no había descanso... el patrón les imponía que tenía que votar tal persona... los llevaba obligados, les pagaban un vehículo... los hijos del trabajador también eran empleados del patrón, no tenían garantías... se comía mejor que ahora, mi mamá criaba muchas aves, sacaban leche, teníamos fruta, se hacía queso, mantequilla, se criaban chanchos".^{3/}

Si se analiza el dibujo que representa a la hacienda tradicional vemos que las mujeres lo perciben como un mundo autocontenido, un espacio cerrado en sí mismo donde las únicas relaciones sociales

3/ Testimonios de las mujeres participantes en la Escuela de Mujeres Rurales 1987, Taller Trabajo. Unidad: condiciones de trabajo. Actividad: reconstrucción del pasado y presente en el campo.

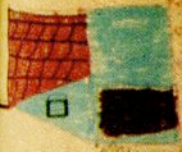
CASA PATRICAL



LLAVERIA



CASITA INQUILINA



posibles son las que se establecen de manera directa dentro del espacio hacendal con otras personas que habitan ahí dentro: inquilinos, sus familias, empleados de la hacienda y los patrones.

Dentro de este mundo cerrado en sí mismo, para las mujeres que viven dentro, los límites socio-espaciales son más estrechos aún. Se observa en los dibujos tres tipos de límites que dan cuenta de "clausuro" femenino en este período. El primer límite coincide con los linderos de la hacienda (nótese que en el dibujo la hacienda ocupa todo el espacio, fuera de ella no hay nada) más allá de la frontera de ésta el mundo es "ancho y ajeno" y además desconocido ^{4/}. El segundo margen -impuesto por los patrones y derivado de las formas de acceso a la tierra- nos habla de espacios ajenos, cuya entrada está marcada por diferentes barreras: "propiedad privada", "Se prohíbe la entrada". Estos espacios de propiedad y usufructo patronal están vedados a las familias de los trabajadores de la hacienda la mayor parte del tiempo. No son espacios de libre circulación, sin embargo, en los momentos en que se necesita trabajarlos, los inquilinos podrán acceder a ellos. Estos espacios estancos al interior de la hacienda tienen límites más flexibles

4/ La sensación de la hacienda como un mundo incomunicado hacia el exterior no sólo aparece en el testimonio de las mujeres participantes en la Escuela, Lila Astorga en su historia de vida, da cuenta de cómo al llegar la radio los inquilinos pudieron enterarse recién de lo que ocurría más allá de los límites de la hacienda (PEMCI, 1983).

que los linderos de la hacienda misma. En este caso el mundo es ajeno pero cognoscible de manera indirecta para las mujeres a través del ingreso masculino.

De acuerdo a lo anterior, vemos que el mundo de las mujeres se confina a la hacienda y dentro de ésta a los espacios de usufructo inquilinal (en algunas ocasiones podrán ingresar a la casa patronal, pero en calidad de sirvientes no por iniciativa propia sino cuando son requeridas por la patrona) esto debido a la forma de vida derivada del sistema hacendal y por la división interna de la propiedad (goce inquilinal versus propiedad patronal).

La tercera frontera no se genera en las estructuras de tenencia de la tierra ni en las formas de vida asociadas a ella, su origen es de tipo genérico y tiene relación con la división sexual del trabajo que asigna a las mujeres la responsabilidad del trabajo doméstico: cocina, vestuario, cuidado de los niños, de las aves de corral, de los animales domésticos. Este y el trabajo en el huerto son todas tareas femeninas que se realizan dentro del espacio hogareño y que se extienden hasta los límites del cerco familiar (zona que circunda la casa). Este espacio aparece ocluido y la mujer dentro de él (nótese que en el dibujo el hombre está con un pie en el camino que comunica con el fundo).

En otras palabras, en el sistema hacendal el espacio cotidiano femenino es la casa con su patio y huerto, las relaciones sociales fundamentales de las mujeres son aquellas que se establecen con el grupo familiar (padres y hermanos, marido e hijos) con los que comparte el mismo techo. En ocasiones especiales festivas o rituales (misa, misiones, etc.) se

amplía el mundo social femenino y pueden compartir en espacios intrahacendales con otros miembros de la comunidad con los cuales no tienen relaciones de parentesco. El encierro hogareño de las mujeres campesinas, que vivieron el período de la hacienda, queda enmarcado así dentro de un espacio mayor, que no logra diluir la imagen de cautiverio pues los contornos últimos de sus salidas son los linderos de la hacienda y dentro del espacio de ésta también existen zonas vedadas y permanentemente controladas (nótese en el dibujo la representación de estas formas de control y vigilancia en la escopeta que tiene el capataz que está parado frente a los huertos frutales, en los letreros "propiedad privada" y se "prohíbe la entrada" en las viñas, en la campana que marca las horas de entrada y salida del trabajo). La idea de encierro se refuerza con la distribución espacial donde la llavería, la oficina, la iglesia y la casa del capataz cercan por los cuatro costados los accesos y salidas de la casa del inquilino.

Si bien la situación de las mujeres no es necesariamente igual al interior de todas las haciendas, insistimos en que el dibujo contiene elementos objetivos y subjetivos. Evidentemente en muchos casos puede haberse dado una fluidez de movimientos mayor que el que analizamos, sin embargo lo interesante es darse cuenta cómo perciben el mundo hacendal las mujeres que lo vivieron o lo conocieron en su infancia y a partir de esa representación ver cómo se lo transmitieron, a través del dibujo, a las mujeres más jóvenes que no lo conocieron directamente.

La sensación de mundo aprisionado, regido por sus propias leyes se nota en la importancia que asignaron a la campana; la presencia de ésta alude a un espacio con ritmos

propios donde la campana toma el papel de reloj. Si bien se dijo que se trabajaba de sol a sol, la que convoca a los trabajadores es la campana, por ella las mujeres se guían y saben en qué momento debe estar lista la comida, cuándo quedan solas en la casa y cuándo pueden compartir con los hombres de la familia.

Pese a la percepción del mundo hacendal como un cautiverio para las mujeres, donde un tipo de límites enmarca a los otros, la valoración que se hace de la vida al interior de la hacienda no es negativa. La hacienda es una reclusión que da seguridad, ya que el extrañamiento de la libertad de movimientos, la falta de descansos y vacaciones son compensadas por la certidumbre que da poseer una casa, acceso a la leña, a pastos para los animales y el usufructo de un pedazo de tierra que asegura la comida de la familia. Cuando las mujeres, desde el presente, miran y recuerdan el tiempo de la hacienda lo ven con un gran realismo, son capaces de reconocer e identificar las situaciones más desagradables (falta de vacaciones, trabajo sin horarios, vigilancia de los capataces, etc.) sin embargo reconocen también que, pese a todo, antes se vivía mejor porque estaban garantizadas la casa y la comida^{5/}.

5/ Este mismo tipo de percepción se encuentra en otras mujeres campesinas que ven la hacienda como un mundo cerrado pero donde hay seguridad (techo, goce, alimentos). Cf. PEMCI (1983).

Si se analiza este dibujo, ya no desde la visión de mundo de las mujeres, sino desde una perspectiva de clase vemos que la hacienda aparece como un espacio dividido desigualmente; el inquilino es el que goza de la parte menor pese a tener el grupo familiar mayor (en el dibujo aparecen destacadas 6 personas, cuatro de las cuales corresponden a la familia inquilina, además frente a la iglesia aparecen 9 niños pequeños). Con respecto a condiciones de trabajo son evidentes también las diferencias entre inquilinos, empleado y patrón. Al patrón corresponde la gran casa de construcción sólida, ladrillo y teja, la iglesia más pequeña está construida sólidamente, lo mismo la llavería. También de construcción consistente es la casa del capataz, aunque su tamaño es considerablemente menor. A diferencia de éstas la casa del inquilino es de barro y con techo de paja. Los caminos que llevan de la llavería a la casa del patrón son más anchos y mejor delineados, de menor anchura pero también claramente delineado es la vía que va desde la casa del patrón a la iglesia y pasa por la casa del capataz; el sendero que va de la casa del inquilino a otro que se topa con el que comunica la llavería con la oficina aparece como un camino secundario. Si se detiene la vista en los medios de transporte, vemos que el patrón se desplaza en auto, que el capataz tiene frente a su casa un caballo con su montura y el inquilino anda a pie.

Con respecto al vestuario apreciamos que el inquilino usa ojotas, sus hijos van descalzos y la mujer tiene zapatos al igual que el capataz. El inquilino amarra sus pantalones con una faja, el capataz con un cinturón; el inquilino usa chupalla y el capataz tiene sombrero.

En relación a la representación de roles, aparece el patrón manejando el auto en actitud que puede entenderse como de paseo o de observación; el capataz en actitud vigilante con la escopeta en la mano frente a los huertos frutales; el inquilino con la pala en la mano, al borde del camino que comunica su casa con el fundo, y la mujer dentro del cerco familiar con un balde de leche en la mano.

Las relaciones sociales que se establecen en la hacienda también pueden ser leídas en el dibujo a través de las presencias y las ausencias. Dentro de las presencias las únicas relaciones horizontales representadas son las que corresponden a las que la mujer establece con los miembros de la familia: la mujer, encerrada en el espacio doméstico tiene cerca al marido y un poco más allá a los niños. No aparecen otras mujeres con las que pueda compartir. Los otros hombres que están presentes en el dibujo el capataz y el patrón no sólo están lejos físicamente sino también socialmente. Cada uno de ellos aparece en un espacio propio, el patrón próximo a su vivienda y dentro de su auto; el capataz cerca de su casa y trabajando en la vigilancia. Vemos así que las únicas relaciones sociales posibles en el cotidiano femenino son aquellas que se establecen con los parientes que comparten el mismo techo; más allá de eso están las relaciones asimétricas que se establecen con el patrón y que la mujer del inquilino no controla, ya que accede a ellas cuando es requerida por éste para algún servicio especial. Los vínculos con el capataz son indirectos aún en el cotidiano, en tanto este intermediario del patrón o administrador frente a los inquilinos se relaciona con los hombres y no con las mujeres de éstos. Se hace evidente así que las únicas relaciones sociales simétri-

cas, entre pares, posibles para las mujeres debido al encierro triple son con los parientes directos que viven con ellas y las otras relaciones que establece ocasionalmente son de tipo asimétrico. En ocasiones fiestas y rituales, donde se sale de la rutina diaria, es posible relacionarse con los pares, otros inquilinos, otras mujeres de inquilinos.

Si observamos el dibujo desde una perspectiva de género notamos la presencia femenina desempeñando el rol de madre, esposa y trabajadora dentro del espacio inquilinal. La mujer campesina tiene presencia y responsabilidades, pero éstas están circunscritas al lugar que se le asigna de acuerdo al rol que cumple dentro del sistema hacendal. Este encapsulamiento dentro de sitios determinados no es sólo característico a la mujer del inquilino. De acuerdo al dibujo, dentro del fundo cada cual tiene roles determinados los cuales se desempeñan en espacios específicos, sin embargo, la mayor movilidad es característica masculina ^{6/} (el patrón va en auto por el camino, el inquilino está con un pie en el sendero que lleva a la oficina y llavería, el capataz está ubicado entre la casa del patrón, huertos frutales y su propia casa, los niños del inquilino se ven cerca de

6/ Esta mayor movilidad masculina al interior de la hacienda, también se amplía hacia el exterior de ella a través del servicio militar obligatorio que deben cumplir durante dos años, fuera de la localidad los hombres de 18 años. Esto sin duda contribuye a que los hombres tengan una percepción de Estado y Nación, de la cual carecen las mujeres en este período.

la madre pero más lejos de la casa, los otros niños están cerca de la iglesia), el confinamiento dentro del cerco familiar sólo es característico de las mujeres^{7/}.

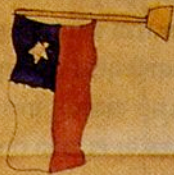
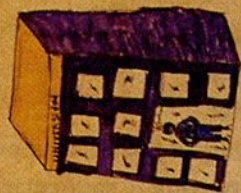
Reforma Agraria 1967-1973^{8/}

"Por medio de la organización fue que se tomaron las tierras... los trabajadores se adueñaron de las tierras... las mujeres no tuvimos ni la tierra de los zapatos... no quedó todo tal cual (con la reforma agraria) porque no trabajaban ya para el patrón (las mujeres), quedaban en la casa no más... la educación era un derecho de cada persona, se le hacía contrato indefinido al trabajador, el Estado cubría la salud a todos los que tuvieran libreta de seguro, incluyendo su familia, se trabajaba 8 horas al día y se pagaba horas extras, había 15 días de vacaciones al año... derecho a la cultura y a la recreación..."

7/ Sobre el sistema de inquilinaje, véase Borde y Góngora, (1960).

8/ Las fechas fueron puestas por las mismas mujeres.

Proceso de la Reforma Agraria.



COMISIÓN DE REFORMA AGRARIA

COMISIÓN DE REFORMA AGRARIA



A diferencia del período de la hacienda el dibujo que representa la Reforma Agraria muestra un mundo sin fronteras. Los límites de ese mundo son las fronteras del país. La idea de apertura hacia afuera la da no sólo el contorno del mapa de Chile sino las diferentes escenas representadas dentro y en los márgenes de él. Aparece el mar, la universidad, hospitales, escuelas. Todo un mundo que ya existía, pero era vedado, y que ahora es posible conocer de más cerca. Esto en una primera mirada. La apertura se refleja también en la gran presencia humana, la cantidad de hombres, mujeres y niños que aparecen en este dibujo es considerablemente mayor a la que se veía en el de la hacienda.

Una segunda mirada a esta representación, que muestra un mundo cercano y cognoscible en apariencia abierto y sin márgenes, nos permite ver que es un universo al que las mujeres pueden asomar la nariz, formar parte de él, pero no apropiárselo, ni percibirlo como construido por ellas.

Este mundo feliz de la Reforma Agraria, con maquinarias agrícolas, hospitales, escuelas, universidades de puertas abiertas es uno conquistado por los hombres organizados. Es evidente el acento que se pone en este aspecto. Ellos lo construyeron y les pertenece, las mujeres son parte de él, están ahí, reciben beneficios ("nos atendieron hiper bien") pero no son las hacedoras del destino de ese mundo.

Si se observa detenidamente el dibujo se ve que en el extremo norte del mapa (izquierda) y en el extremo sur (derecha) se alude al tema de la organización a través de la representación del sindicato "La Esperanza" y del recuadro "libertad de expresión y participación política". El carácter

nacional de la organización es remarcado a partir de los seis puntos verdes ubicados a lo largo del territorio y que representan a las federaciones campesinas.

Para reforzar la idea del valor de la organización en la construcción de este mundo reformado, en el contorno del mapa se representa a 8 campesinos unidos en la Confederación Nacional Campesina.

La exclusión o la ausencia de las mujeres de la organización es evidente. En ninguna de las imágenes de sindicatos o los que aluden a otras formas de organización-federaciones campesinas, confederación nacional campesina, libertad de expresión y participación política-aparece alguna. Sólo se dibuja a hombres; lo que muestra que las mujeres los perciben como los únicos gestores de la nueva sociedad reformada, y si bien ellas están presentes en otros aspectos de la vida representada, sólo es para usufructuar de beneficios obtenidos por otros. En las áreas de cultura, recreación, escuelas y beneficios de salud sí aparecen mujeres. Dicho en otras palabras, el rol activo durante el período de Reforma Agraria fue de los hombres, las mujeres sólo fueron beneficiarias pasivas de lo obtenido por éstos durante esta etapa. Las mujeres no intervienen en el terreno de las decisiones, por no estar presentes en las organizaciones. En este sentido la Reforma Agraria aparece como un período de cambios que transforma el mundo pero lo transforma a través del pensamiento y la acción masculina, es un mundo pensado y hecho a la medida de los hombres que abre nuevos espacios a las mujeres en lo que se refiere a cultura, recreación y escolaridad, pero éstos son espacios cuyas puertas son abiertas por otros, no por ellas mismas.

Es curiosa la representación de las mujeres sobre este período pues aparecen dos tipos de percepciones diversas, por una parte una marcada idealización y por otra un claro realismo. Si nos detenemos más en estos aspectos veremos que la idealización es evidente si se hace un análisis del dibujo desde la perspectiva de clase y que el realismo aparece al hacer una lectura de género.

Al analizar el dibujo desde un punto de vista de clase llaman la atención las omisiones, en ninguna parte aparecen los patrones, tampoco se vislumbran los conflictos que llevaron a la interrupción violenta del proceso de cambios en 1973. No aparece tampoco una indicación sobre la permanencia de la propiedad privada, tanto en el campo como en las ciudades. Campo y ciudad forman un todo integrado, tanto la escuela rural como la universidad urbana tienen al lado la bandera chilena, lo que refuerza la idea de integración de espacios dentro del territorio nacional. La figura de instancias ligadas al campesinado nos habla de presencia estatal - hospital, S.S.S., escuela, universidad, colonias vacacionales. No aparecen otros sujetos sociales más allá de los campesinos, ni otras instituciones que no sean estatales ^{2/}.

9/ Esta presencia estatal, a través de diversas instituciones, debió contribuir a que en las mujeres se desarrollara la idea de Nación, ausente en el período anterior por el encierro hacendal y por la ausencia del Estado a nivel de servicios en el campo.

La ausencia de patrones, propiedad privada e instituciones ajenas al Estado, alude a un mundo armónico e integrado, sin conflictos de ninguna índole, donde las relaciones sociales son igualitarias entre los diversos miembros de la sociedad. Los niños juegan, los jóvenes leen y tocan guitarra, los hombres trabajan y participan en sus organizaciones y las mujeres van o vienen del hospital. Es un mundo feliz, sin conflictos, quieto y perfecto donde no aparece ningún elemento que pueda explicar por qué desapareció el 73. La idealización es evidente.

Esta idealización puede explicarse por la apertura del mundo que significó para los campesinos la reforma agraria, no sólo se inauguraron en el período nuevos ámbitos de conocimiento (el mar, las ciudades) sino la posibilidad a acceder a beneficios sociales antes desconocidos o muy estrechos (mayor escolaridad, mayor acceso a atención sanitaria, mejoramiento de la infraestructura y maquinaria). Esta sublimación se plasma en el dibujo a nivel del sobredimensionamiento de los beneficios sociales y el olvido de los conflictos y errores. El dibujo en una primera visión nos muestra un mundo alegre, integrado, sin conflictos ni carencias donde los efectos de la Reforma Agraria llegaron a todo el país, donde no había divisiones de clase y las relaciones sociales eran igualitarias. La abundancia es visible también en la cantidad de animales, las siembras, las maquinarias, la casa con techo de teja y la chimenea humeando.

Sin embargo, esta representación ensalzada pasa a ser tremendamente realista cuando la analizamos desde una perspectiva de género. La presencia femenina nos habla más bien de ausencias. Vemos mujeres cerca del hospital y suponemos que las otras estarán al interior de sus casas, cumpliendo con sus roles tradicionales de madre y dueña de casa. Esto nos indica que los cambios no llegaron a modificar el lugar de las mujeres dentro de la sociedad reformada. Esta idea se evidencia cuando percibimos que las mujeres no tuvieron acceso a la participación y expresión política por su ausencia de las organizaciones a las cuales se las ubica como motor de los cambios. Las mujeres no tuvieron la posibilidad de tomar decisiones ni tener injerencia en el futuro de ese proyecto reformista. Este era un proyecto ajeno a ellas, que las incluía en cuanto esposas y madres, no como sujetos autónomos capaces de redefinir los cursos de un proceso o de influir en éste de modo de cambiar la condición femenina, haciéndola más igualitaria respecto a los hombres.

Si se observa atentamente el dibujo se verá que en las partes donde aparecen representados niños, hay tanto hombres como mujeres, en la escuela también se ve niños y niñas, lo que nos habla de oportunidades similares para ambos sexos. Igual ocurre cuando vemos, en cultura y recreación, a una muchacha leyendo y a un joven tocando la guitarra. Esta condición igualitaria para hombres y mujeres desaparece bruscamente cuando observamos a los adultos del dibujo. Los hombres están trabajando en el campo, participando en las federaciones y sindicatos, pero las mujeres no están

presentes ni en la esfera productiva ni en los lugares donde se toman decisiones, sólo las vemos cerca del hospital acompañando a niños y ancianos enfermos.

Si comparamos esta percepción de las mujeres respecto a sus roles en este período con la etapa de la hacienda, vemos que no hay cambios sustanciales en la situación de la mujer, en ambos períodos aparece como madre-esposa-dueña de casa y no se hace explícito su rol productivo, tal vez la única diferencia perceptible es respecto a los espacios físicos en los que se mueve; en la hacienda veíamos a las mujeres cercadas por tres tipos de límites, en este caso vemos que hay una mayor apertura hacia espacios más amplios, hospitalares, por ejemplo, que permiten la ocasional salida de la casa. Sin embargo estas salidas se dan dentro de la misma condición anterior de la mujer, es decir se explican por el cumplimiento de su rol tradicional, pero proyectado hacia espacios más alejados del ámbito doméstico. Ello enmarcado dentro de una situación de mayor apertura del mundo y posibilidades más aparentes que reales, al menos para las mujeres adultas.

Es posible que la idealización de las mujeres que se observaba al ver el dibujo desde una perspectiva de clase se explique en parte por su misma ausencia en las organizaciones. Al estar encerradas en la casa sólo podían acceder a través de lo contado por el padre, marido o hijos a lo que sucedía en el ámbito público, por lo tanto, en la medida que no vivieron directamente los conflictos ni los problemas que se suscitaron durante el período, es probable que los olvidaran

o no los percibieran, no así los beneficios a los cuales pudieron acceder de una manera directa^{10/}.

Contrarreforma y agroexportación, 1973...

"Muchos tuvieron que venderlas realmente (las tierras) porque no tuvieron los medios para trabajarlas... la gente no tenía para comprar los abonos, las semillas, entonces entró a vender y en una miga... en muchas partes se han devuelto las tierras a los dueños... allá se han puesto parronales, esto del durazno, damascos... a un parcelero no lo toman en cuenta para pedir un crédito, no es el caso de los ricos, porque el rico donde va se le abren las puertas... lo que produce (el parcelero) es muy mal pagado, mi papá tiene toda la siembra todavía..."

El tercer período representado en los dibujos corresponde al que se abre en 1973 y se mantiene hasta la actualidad. Una primera lectura nos muestra que las mujeres perciben el mundo como atomizado, con diferentes orbes que parecen no tocarse entre sí. No hay la idea de una totalidad integrada, más bien la ubicación de las figuras alude a una desintegración de las partes. En el extremo superior izquierdo aparece la comuna agrícola de Yerba

10/ Sobre el proceso de Reforma Agraria véase Barraclough (1984); Bengoa (1985); Ortega (1988).

Comiss. de Arago

1973 5 de mayo de estado

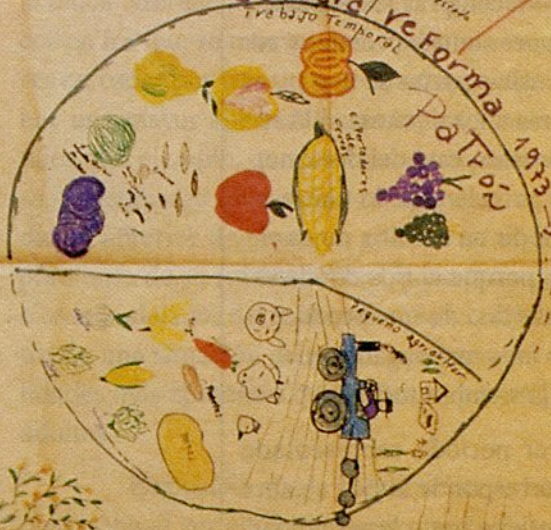
24. wurden
Portugal & Gama
Columbus & Gama
das Fährten der
Tafel

[Faint handwritten notes and a red wax seal residue are visible at the bottom left corner.]

[illegible]

Handwritten text, likely a signature or name, written vertically in cursive script.

Contra
reforma
Patron
1933



Loca, en la parte inferior la comuna de Zúñiga, en el extremo inferior derecho la comuna de Putaendo ^{11/} y al centro un círculo que muestra la distribución de la propiedad agrícola del país. En los espacios intermedios se ilustra el trabajo de corte de uva y damasco para la exportación y el trabajo del pequeño agricultor.

En este dibujo llama la atención la escasez de personas y la ausencia de niños que sí estaban presentes en los dibujos de la hacienda y la reforma agraria, lo que refuerza la sensación de un mundo desintegrado, incompleto.

Si se detiene la mirada en cada una de las representaciones se evidencia que el máximo de personas que aparece en cada área geográfica (comunidades) o tipo de actividad agrícola (temporada o pequeña agricultura) es de dos, correspondiendo el máximo al trabajo temporal para la agroexportación. El pequeño productor aparece trabajando solo, tanto en el dibujo que está dentro del círculo central como en el del extremo superior izquierdo.

Por otra parte, hay una desvinculación de espacios que llama la atención aunque es explicable. En los dibujos que aluden al trabajo de temporada vemos un

11/ Corresponden a las comunas donde viven algunas de las mujeres que hicieron el dibujo sobre este período.

corte entre el mundo familiar concentrado en la casa y el mundo laboral en el cual se trabaja. Sólo aparece representado en estos casos el espacio laboral, y las personas trabajando allí. No hay nada que haga pensar en una asociación de espacios, lo que sí se da en la representación del pequeño agricultor (círculo del centro) donde la casa está cerca del lugar donde trabaja.

Lo mismo en el caso de la comuna de Yerba Loca ^{12/}, donde las viviendas se ubican alrededor de las tierras comunales. Otro elemento, que salta a la vista al concentrarse en el círculo del centro del dibujo, es que en el área de agroexportación sólo figuran los productos, no los productores. A diferencia del pequeño agricultor donde aparece el trabajador realizando sus actividades, la casa donde vive, su mujer e hijo y los productos que envía al mercado.

Es curioso que sólo en el dibujo de este período las mujeres utilizaron los símbolos masculino y femenino en lugar de dibujar a las personas; y, más llama la atención cuando se ve que estos símbolos sólo fueron usados para representar a los trabajadores que trabajan temporalmente en la agroexportación de fruta. El uso del símbolo puede pensarse como que los sujetos que trabajan en la temporada son se-

12/ Norte Chico.

res indiferenciados, donde no cuentan los rostros ni las personas que hay detrás de ellos, sólo existen como trabajadores, por esto no tienen cara, no se ven sus casas ni sus familias ^{13/}.

Nos parece que las mujeres perciben este período del agro chileno como una época de profunda desestructuración de las relaciones sociales, donde existen espacios fragmentados-agroexportación, pequeña propiedad-que no se tocan ni tienen relación entre sí. La idea de fragmentación se hace evidente también en la disociación de espacios y actividades; visible cuando se ilustra la agroexportación, donde se ve una sola dimensión de la persona, la laboral y se lo desvincula de otras labores que hablen de su desempeño en otras actividades distintas al trabajo asalariado.

En el dibujo se expresa la división entre sector agroexportador y pequeña producción campesina; entre espacios domésticos (ausentes en la agroexportación) y espacios laborales; entre productor y productos. A diferencia de los otros 2 dibujos donde había flores y signos que evidenciaban situaciones alegres, en éste no aparece nada que aluda a una situación diferente a la del trabajo: no hay flores, no hay niños que jueguen, no hay iglesia o es-

13/ Es posible que el uso de los símbolos hombre y mujer, sea producto de lo aprendido en la Escuela de Mujeres Rurales, sin embargo lo que llama la atención es que sólo se utilizan en este dibujo y especialmente en el trabajo de temporada.

cuela que hable de otra cosa que no sea trabajo. Todo ello da una impresión de vida social alterada, de un mundo triste en donde lo colectivo no aparece por ningún lado. El todo es la suma de los mundos individuales.

Si analizamos el dibujo desde una perspectiva de clase, vemos que las mujeres tienen una interpretación clara y precisa respecto a la situación actual en el agro chileno. En el círculo que está al centro, donde se representa el espacio agrario productivo nacional, vemos una clara división en dos tajadas, donde la mayor está representada por la de los grandes y medianos propietarios dedicados a la agroexportación y la más pequeña que corresponde a los pequeños productores campesinos. Dentro de estos últimos se distinguen dos tipos de situaciones: la de los comuneros agrícolas del Norte Chico (Yerba Loca) donde hay recursos colectivos e individuales (lluvias) que se distribuyen de manera igualitaria y los pequeños productores campesinos (parceleros minifundistas), situaciones que se especifican en los extremos superiores fuera del círculo.

La desigual distribución de la tierra, ilustrada en el círculo central, se remarca en las precisiones que se hacen en los dibujos de los extremos. Tres de los dibujos fuera del círculo se refieren a situaciones de trabajo asalariado para la agroexportación y dos corresponden a las situaciones de pequeña propiedad (comuneros y parceleros).

Hay también una percepción de que en las dos formas de propiedad se producen distintos tipos de alimentos, uno-se lo explicita destinado a la exportación, consistente en diferentes clases de frutas y otros que producen bienes = sa-

lario para el mercado nacional (papas, cerdos, zanahorias, maíz, hortalizas) estos últimos corresponden al área de minifundio.

En el área de producción de agroexportación no aparecen personas, ni trabajadores ni empleados ni patrones, sin embargo aparece la palabra patrón. En las explicaciones de situaciones concretas, que están a los costados del círculo, notamos la presencia de trabajadores, hombres y mujeres (temporeros dice bajo uno de los dibujos) pero no de otros personajes vinculados a este tipo de producción. Por lo tanto no se visualizan relaciones sociales que hablen de la condición de las personas más allá del trabajo. El patrón es una palabra escrita, no una persona, los empleados no se ven, como tampoco familiares u otro tipo de personas que indiquen la existencia de relaciones sociales de tipo igualitario o similar más allá de aquellas con las que se vinculan a través del trabajo.

En el caso del pequeño productor, sólo en el dibujo que está dentro del círculo comparece la mujer y un niño, pero no se representa a nadie que aluda a una situación de paridad, queda la impresión de que en el minifundio el hombre cuenta con su familia exclusivamente, que no existen situaciones de colaboración con otros pares.

También es curioso que no se presenten otro tipo de instituciones que se vinculan al campo. Veíamos que en el caso de la hacienda se representaba la iglesia, en el de la reforma agraria aparecían hospitales, escuelas, universidad,

S.S.S.; en este caso hay una ausencia total de otras instituciones^{14/}. Queda la impresión de que las mujeres que hicieron el dibujo percibieran al mundo agrario como desvinculado del resto de la sociedad, como un mundo que se autocontiene en cada uno de sus fragmentos (minifundio, comuna agrícola, predio de agroexportación).

Al igual que en el dibujo referente al período de reforma agraria, acá encontramos la presencia de trabajadores organizados, pero en una situación distinta a la anterior, esta vez son hombres y mujeres los que se organizan y ya no para construir un mundo o transformarlo sino para "reclamar más salario y más alimentación". Así, se percibe de una manera distinta el papel de la organización.

Si hacemos una lectura de género del dibujo, claramente se ilustra un cambio de lugar de las mujeres en la mayoría de los casos. Ahora no sólo están como trabajadoras en la esfera productiva, cuestión que se omitió en los dibujos de los dos períodos anteriores, sino también participando junto a los hombres en la organización para reclamar mejores salarios y mayor alimentación. Sin embargo, esta presencia del rol de la mujer como productora

14/ Esto contribuye a reforzar la idea de fragmentación social, la idea de Nación no aparece, lo que en buena medida se debe al retiro del apoyo estatal al campesinado y a la disminución de los beneficios de instituciones de educación y salud.

ra se da a la par con la ausencia de la mujer en la esfera doméstica, no aparecen ilustradas su condición de madre, esposa y dueña de casa, al menos en el caso del área de agroexportación. Podría pensarse que el dibujo expresa un cambio en la condición de la mujer en términos del aumento de la importancia de lo productivo respecto a lo reproductivo y su responsabilidad allí.

Como nos consta que, si bien ha habido una mayor incorporación femenina al trabajo asalariado, no se ha producido simultáneamente una redistribución de las tareas y responsabilidades domésticas al interior de la familia campesina, pensamos que la explicación a esta representación en los dibujos sobre los roles femeninos hay que buscarla en la disociación de espacios en que se desempeñan esos roles. Al observar el dibujo sobre el pequeño productor campesino vemos que allí, donde en un mismo espacio (minifundio) se concentra el lugar de residencia y de trabajo, surge la mujer desempeñando su rol de madre (lleva al hijo cerca) y dueña de casa, aún cuando sigue oculto su rol productivo en la parcela familiar se mueve en el lugar que corresponde al huerto. Esto nos lleva a pensar que en la percepción de las mujeres los roles de madre-esposa, dueña de casa, aparecen con mayor fuerza cuando hombre y mujer, pequeños propietarios, desempeñan sus tareas en un espacio familiar y productivo sin remuneración. Mientras que tiende a producirse una disociación, cuando las tareas domésticas se separan físicamente de las tareas productivas porque las primeras se realizan en su propio hogar y las otras en un espacio patronal.

En este caso las mujeres focalizaron su atención sobre el trabajo asalariado, entre otras cosas porque en los últi-

mos años ^{15/} se han ido incorporando activamente a él. Si hubiesen centrado su atención en otro aspecto de la vida cotidiana, posiblemente habrían dejado de lado su percepción de las mujeres como trabajadoras para relevar los roles tradicionales. Con respecto al dibujo que representa a hombres y mujeres organizados para exigir mejores salarios y más alimentos, pensamos que ello apunta más a las expectativas femeninas que a la realidad. Sin embargo, el elemento que le otorga realidad a este dibujo es la presencia de mujeres, pues ellas son una parte importante del sector de trabajadores temporales.

A modo de conclusión

Las mujeres que vivenciaron el período de la hacienda -cuando deben dibujarlo para mostrarlo a las que no lo vivieron- lo representan como un universo estrecho, cautivo, con poca libertad de movimiento; pero pese a ello emerge como un mundo donde existe cierta alegría y seguridad. Las mujeres que dibujaron el período de la reforma agraria, lo signan como un tiempo en que el mundo se abrió, en que se ampliaron los beneficios. Es un momento que se idealiza y se recuerda con nostalgia pese a la notoria ausencia feme-

15/ Sobre incremento de la fuerza de trabajo femenina en el sector agroexportador, véase Valdés (1988).

nina. El período actual, las mujeres lo representan como fragmentado, dividido desigualmente donde cada espacio es un mundo individual incomunicado.

Si se comparan los dibujos entre sí vemos que el de la hacienda abunda en detalles, en él están presentes los diferentes personajes que actuaban dentro de ésta, notamos que hay una percepción muy precisa sobre la distribución de tareas y espacios en los cuales se movía cada una de las personas que vivían en ella. Lo anterior se explica porque las mujeres que realizaron el dibujo son mayores, vivieron dentro de haciendas o bien tuvieron un conocimiento directo muy cercano sobre la vida en éstas.

El dibujo que representa el período de reforma agraria manifiesta una mayor capacidad de las mujeres por expresar a través de elementos más abstractos lo que quieren transmitir (el contorno del mapa para ilustrar un proceso de carácter nacional, reforzado por la presencia de banderas). Sin embargo, a diferencia de las mujeres que trazaron la hacienda, las autoras de este dibujo no dan cuenta de un mundo conocido vivencialmente, lo que explica las omisiones, sino de uno que se conoció de oídas o se vivió siendo muy niñas.

El dibujo que representa el agro en el momento actual fue hecho por mujeres jóvenes, la mayoría de las cuales trabaja como temporeras, otras dos corresponden a hijas de parceleros. Nuevamente en este dibujo encontramos el uso de elementos más abstractos para representar lo que se quiere transmitir, por ejemplo el círculo repartido desigualmente, los emblemas de hombre y mujer. Sin embargo, estos signos abstractos son reforzados por los dibujos laterales que

aluden a situaciones concretas vividas (comuneros agrícolas de Yerba Loca, trabajo en parcelas de minifundistas).

Es interesante notar que las mujeres jóvenes que incorporan elementos figurados tienen una escolaridad mayor que aquellas que ilustraron la hacienda, esto se hace evidente también en que los dibujos del período de Reforma Agraria y del agro actual incluyen además de nociones de una realidad concreta intentos de explicación de esa realidad. Por ejemplo, en el caso de la Reforma Agraria al poner como motor de los cambios y como instancias de decisión y participación a las organizaciones de trabajadores agrícolas; lo mismo en el caso de la Contra-reforma donde se intenta explicar ésta a partir de la caída del gobierno de Allende (Golpe de Estado de 1973) y donde se explicita como causa del incremento de la fuerza de trabajo agrícola temporal, la pérdida de las parcelas por falta de créditos y medios.

Finalmente, el análisis que hemos efectuado en las páginas anteriores permite valorar la riqueza del uso combinado de técnicas orales y gráficas para sacar a la luz las auto-percepciones de las mujeres campesinas sobre la realidad vivida, su visión de mundo, el lugar que ocuparon y ocupan en la realidad social. En suma, su interpretación de la historia.

BIBLIOGRAFIA

Borde, Jean y Góngora, Mario: **El inquilinaje en Chile Central**, Ed. Nascimento, 1960.

Barraclough, S. y Fernández J.: **La Reforma Agraria Chilena**. Siglo XXI, Buenos Aires, 1984.

- Bengoa, José: **El campesinado 10 años después de la reforma agraria**. Ed. SUR, Santiago, 1985.
- Ortega, Emiliano: **Transformaciones agrarias y campesinado: de la participación a la exclusión**. CIEPLAN, Santiago, 1988.
- PEMCI: **Historias Testimoniales de Mujeres del Campo**. Círculo de Estudios de la Mujer, Academia de Humanismo Cristiano. Santiago, 1983.
- Rebolledo, Loreto et. al.: **Notas sobre una intervención educativa**, Ed. CEM, Santiago, 1988.
- Valdés Ximena: "La feminización del mercado de trabajo en Chile Central", en **Mundo de Mujer: continuidad y cambio**. Ed. CEM, Santiago, 1988.

ADAPTACION Y CONTINUIDAD: RESPUESTA DE LAS MUJERES CAMPELINAS ANTE LAS TRANSFORMACIONES DEL AGRO CHILENO*

- * Este artículo fue presentado como ponencia al Taller "Mujer y Antropología: Balances y perspectivas", PIEM, México, 1990.

Durante las últimas décadas las campesinas han soportado las transformaciones más profundas habidas en el agro chileno en el curso del siglo XX. Han presenciado el fin de la hacienda tradicional, el auge y declinar de la Reforma Agraria y la instauración y expansión del neoliberalismo en el agro ^{1/}.

Cada uno de estos modelos de desarrollo agrario conllevó procesos de campesinización y descampesinización, cuyos vaivenes han provocado cambios importantes en la vida de las mujeres campesinas, tanto en lo laboral, como en lo social y familiar ^{2/}.

En el modelo hacendal, tanto la mujer campesina que residía al interior de la hacienda, como aquella que vivía en los márgenes de ésta - en áreas de pequeña propiedad y minifundios -, además de las tareas domésticas, desarrollaba otras actividades productivas destinadas a asegurar la subsistencia familiar, (cuidado del huerto, crianza de animales domésticos) y actividades económicas orientadas al mercado (artesanías), todas ellas ejecutadas en el

1/ Hasta fines de los años cincuenta, el sistema predominante en el agro es la hacienda tradicional. En 1962 se dicta la primera ley de Reforma Agraria que no modificó la estructura de la tenencia de la tierra, el año 67 se inicia recién la Reforma Agraria que se profundiza en los años siguientes hasta 1972. A partir del golpe militar del año 1973 se liquida la reforma agraria y se libera al mercado de tierras.

2/ Sobre percepciones de las mujeres campesinas respecto a estos tres periodos, véase Rebolledo (1988).

espacio del cerco familiar. En algunos casos dependiendo del lugar socioeconómico que ocupaba la familia de la mujer en la estratificación social de la hacienda las mujeres trabajaban además en ésta de manera temporal o permanente, a cambio de salario en dinero o regalías.

Dentro del modelo hacendal el grupo familiar tendía a ser extenso, pues se necesitaba contar con abundante mano de obra para cubrir los requerimientos en trabajo tanto de la hacienda como de la tierra que la familia obtenía en usufructo. Hasta los años 50 la hacienda jugaba el rol de espacio ordenador de la vida laboral y social^{3/}. La descomposición del mundo hacendal para la mujer significó la pérdida de su inserción laboral permanente y del espacio productivo de que gozaba la familia a cambio del pago de la "obligación" ^{4/}.

Entre los trabajos asalariados permanentes que las mujeres campesinas perdieron en las últimas décadas están los de ordeñadora y cocinera. En el primero de los casos fueron desplazadas por la mecanización de las labores de ordeña, en el segundo, por el salario en dinero que reemplazó a las regalías (Cf. Valdés, 1988a).

Con la Reforma Agraria se pro-

3/ Según el censo de población de 1955 un 50% de la población rural estaba relacionada con la hacienda en alguna de las diversas categorías ocupacionales; el restante 50% correspondía a pequeños y medianos propietarios independientes de las haciendas (Bengoá, 1983:163). El 80% de la tierra agrícola estaba en manos de la minoría hacendada. Respecto a la hacienda como espacio ordenador (véase Morandé, 1980).

4/ Obligación era la fuerza de trabajo que entregaba el inquilino, o miembros de su unidad doméstica, a la hacienda.

duce un proceso de campesinización a través de la asignación de tierras a los ex inquilinos de las haciendas ^{5/}. Bajo este modelo, la mujer sigue desempeñando las tareas domésticas. En el caso de mujeres de parceleros asignatarios de tierras reformadas, aquellas actividades destinadas a asegurar la subsistencia familiar crecen y se produce una disminución de la participación femenina en tareas productivas asalariadas en general ^{6/}. La familia campesina tiende a reducirse respecto al período anterior: por un lado porque no se necesita contar con tanta fuerza de trabajo permanente en el hogar y por otro, porque el Estado promueve políticas de control de la natalidad.

La instauración del modelo económico neoliberal a partir de 1974 implica una profundización de la modernización en el agro. Se desata un proceso de descampesinización por la venta de tierras que deben hacer los asignatarios de la Reforma Agraria ante la falta de apoyo estatal y por la crisis económica que atraviesa la economía nacional a comienzos de la década del 80 ^{7/}. Se disocia la unidad residencial y la unidad de producción, característica de la economía campesina. Paralelamente se desarrolla en la región central

5/ En el período 1967-1972 se transfirió al sector reformado el 35,5% del total de la tierra agrícola beneficiando a alrededor de 70.000 familias campesinas y 18.000 asentados solteros (Barracough y Fernández, 1974).

6/ Véase Acuña (1988) donde a través de los relatos biográficos de mujeres de la zona de Aconcagua, se hace visible la reducción del trabajo asalariado femenino durante la Reforma Agraria y el incremento de las tareas de la mujer al interior del hogar.

7/ Para 1980 se estima que entre un 30 y 45% de las tierras del sector reformado, se traspasaron al moderno sector agrícola por la vía de devolución a los expropietarios, de remates o de transacciones ilícitas. Bengoa (1988:61) calcula que es un 30%, a ese 30% Jarvis (1985:116) le agrega un 15% más por transacciones ilícitas.

del país la fruticultura de exportación que en determinados momentos del año requiere grandes volúmenes de fuerza de trabajo masculina y femenina, proveniente de las nuevas formas de asentamiento que aparecen en el campo -los villorrios rurales- de la venta de fuerza de trabajo de los campesinos y minifundistas y de la articulación de los cesantes urbanos al mercado de trabajo agrícola (Cf. Rivera, 1984).

Se crea un mercado de trabajo agrícola en torno a la fruticultura, cuya característica es la temporalidad, la localización regional y la segmentación por sexo (Valdés, 1988b). Las mujeres ingresan masivamente a este mercado de trabajo temporal a desarrollar labores de tipo manual, especialmente en relación a la manipulación y embalaje de la fruta. Se produce una fuerte disociación respecto a los períodos precedentes, del espacio reproductivo y productivo. Situación que para algunas mujeres que deben salarizarse por períodos más largos se tensiona al máximo al deber desplazarse de una región a otra para lograr un mayor tiempo integradas al mercado de trabajo temporal.

Simultáneamente, las mujeres, por definición cultural siguen siendo las responsables fundamentales de las tareas reproductivas de la familia lo que se traduce en una intensificación de su jornada de trabajo. A nivel familiar, se profundiza y acrecienta el fenómeno de la jefatura de hogar femenina, ya sea por cesantía masculina o por la mayor presencia de madres solteras.

Debido a las limitaciones que presentan los censos para dar cuenta sobre la participación femenina en la agricultura, no es posible, a través de las cifras, visualizar los

fenómenos de inclusión/expulsión de las mujeres de las labores agrícolas asalariadas entre 1936 y 1986. Éstas tampoco logran mostrar el cambio gradual que se va produciendo al desplazarse el trabajo agrícola asalariado permanente por el trabajo temporal. Este fenómeno afecta también a la fuerza de trabajo masculina, pero es más evidente en el caso de las mujeres, las cuales se integran al mercado de trabajo actual casi exclusivamente en calidad de trabajadoras temporales. Para 1986 se estimaba que había de 70.000 a 100.000 mujeres "temporeras", cifra que supera el número de mujeres en la manufactura.

En síntesis, en los últimos treinta años el agro chileno ha sufrido transformaciones importantes en diferentes niveles. Cambió el paisaje pasando de un asentamiento disperso a uno más concentrado; en determinadas regiones se produjo una reconversión productiva hacia la fruticultura; cambió la estructura de la tenencia de la tierra; cambiaron las formas de remuneración del trabajo estableciéndose el salario como única forma de pago. Se constituye un mercado de trabajo agrícola.

Para los campesinos las consecuencias más notables de las transformaciones pueden resumirse en la noción de desestructuración, que atraviesa todos los niveles de sus vidas.

Los efectos más visibles de la desestructuración del mundo rural tradicional son la pauperización, la acentuación de la heterogeneidad interna del campesinado donde coexisten minifundistas, comuneros indígenas y no indígenas, pequeños parceleros de la reforma agraria, residentes de villorrios rurales expulsados recientemente de la tierra, asalaria-

dos agrícolas permanentes y temporales, todos ellos productos residuales de los sucesivos modelos de desarrollo agrario.

Un tercer efecto, es el de la incorporación masiva de la mujer al mercado de trabajo agrícola temporal, especialmente en las regiones de agricultura más moderna orientada a la exportación. Extendiéndose este fenómeno de proletarización femenina desde la zona central mediterránea hacia la zona templada del sur del país a contar de 1986, por la reconversión de la cerealicultura y ganadería a la exportación frutícola.

Más allá de las razones que han empujado a las mujeres a integrarse al mercado de trabajo agrícola de temporada y que se relacionan con los procesos de descampesinización, de pauperización, de reducción de los trabajos permanentes y cesantía masculina, nos interesa analizar los mecanismos de los cuales se han valido las mujeres campesinas para enfrentar y adaptarse a situaciones tan cambiantes como las vividas en las últimas décadas.

Mecanismos femeninos para enfrentar el cambio

Frente a las situaciones de cambio, planteadas en este caso por la modernización, las mujeres recurren a respuestas posibles dadas por la cultura en la cual fueron socializadas para redefinir sus relaciones e incluso sus roles y adaptarse de este modo a la nueva situación.

En la medida que a las mujeres se les ha asignado culturalmente la responsabilidad de la reproducción física y social de la familia, su mayor fuente de conocimiento y experiencia necesariamente está contenida allí. Por lo tanto, no

es de extrañar que, para afrontar las nuevas situaciones, la mujer utilice la experiencia adquirida en la esfera doméstica al realizar las tareas reproductivas trasladándola y tratando de reproducirla en el ámbito laboral y público. Asimismo, la mujer tiende a utilizar los códigos relacionales que emplea al interior de la familia para interactuar con los otros ya sea en el trabajo o en el comercio.

En el caso de las mujeres este trasvasije de experiencias de la esfera doméstica a la productiva no sólo puede explicarse por la necesidad de encontrar respuestas conocidas dentro de su ámbito de experiencia, sino también por la imbricación de esferas que mantiene durante su ejercicio laboral extra hogareño. La mujer, por su responsabilidad en la organización del mundo doméstico y de la familia, mientras trabaja fuera de la casa trata de mantener el control sobre ella como una forma de preservar su identidad femenina. Su simultaneidad (madre/trabajadora) contribuye también a transferir experiencias de un ámbito a otro, evitando así rupturas y disociaciones que culturalmente no puede asumir.

De cara a las tareas reproductivas de las que tendrá que hacerse cargo en la etapa adulta, la niña, desde muy temprana edad tiene un entrenamiento productivo en la agricultura y ganadería, ya sea a través de la ejecución de tareas en el huerto familiar, apoyando el trabajo en épocas de siembra y cosecha, o pastoreando ganado. Paralelamente, la niña va siendo instruida en el desempeño de algún oficio artesanal: hilado, tejido, alfarería o cestería, que más tarde será útil para resolver necesidades de su grupo familiar. Simultáneamente la niña campesina ayuda a la madre en las tareas

domésticas que ésta tiene a su cargo: cocina, aseo, cuidado de niños menores, lavado, planchado, arreglo de ropa, etc.^{8/}

Todo este aprendizaje, en los diferentes tipos de tareas, van conformando una experiencia fuertemente marcada por la manualidad, por la repetición hasta el infinito de ocupaciones rutinarias donde la creatividad queda reducida a ámbitos muy específicos (artesanía y cocina). Otro conocimiento que posee pronto la niña campesina es el desempeño simultáneo de más de una tarea en el espacio doméstico. Así, mientras se cuida a un niño pequeño puede guisar, o realizar alguna tarea artesanal mientras se termina de preparar la comida. La realización de múltiples y diferentes tareas en un mismo día es otro elemento característico del cotidiano de la mujer campesina.

Esta es la matriz cognitiva y experiencial en el plano laboral de la mujer socializada en la cultura campesina y a ella es a la que apela buscando respuestas en situaciones de crisis o de cambio. Sin embargo, los elementos que la mujer escogerá para enfrentar la nueva situación no sólo estarán condicionadas por su matriz cultural, también incidirán en ella, mediatizándola, su posición de clase y étnica, el lugar que

8/ Respecto a la socialización de las niñas campesinas en las tareas agrícolas y reproductivas, véase PEMCI, 1983.

ocupa dentro del grupo familiar, el momento del ciclo vital en que se encuentra, etc. Así, es posible que la respuesta de una mujer adulta, casada, con un grupo familiar numeroso, residente en un minifundio familiar, ante una situación de crisis económica sea la de llevar al mercado mayor cantidad de productos de su huerto, rotando a lo largo del año su oferta según las estaciones, o bien producir tejidos no sólo para el grupo doméstico sino para el mercado. Frente a una misma situación la reacción de una mujer adulta, jefa de hogar con muchos hijos, residente en un villorrio rural puede ser la de producir pan o comida y venderla en la calle, o bien realizar servicios, como lavado y planchado o integrarse al mercado de trabajo agrícola temporal, ya sea tomando estas opciones como independientes y únicas o rotándolas a lo largo del año.

Como puede observarse, ambos tipos de "contestación" son diferentes, sin embargo tienen en común la mayor vinculación de la mujer al mercado, ya sea de productos o de trabajo, a partir de aprovechar las ventajas de su socialización genérica.

La mujer utiliza, entonces, así el bagaje de conocimientos adquiridos y probados en la esfera doméstica al realizar tareas reproductivas y las prolonga hacia la esfera pública para resolver una situación de crisis, lo que le permite adaptarse a ella sin romper con los límites impuestos por su cultura. Por lo tanto, frente a procesos de pauperización las respuestas adquieren el carácter de resistencias, no sólo económicas, sino también culturales, donde frente a la amenaza de rupturas impuestas por el cambio se exacerban los mecanismos de adaptación que implican continuidades.

No obstante, es posible que en condiciones límite se inviertan los términos y que las barreras culturales que asignan determinadas posiciones genéricas sean obviadas en la búsqueda de una respuesta que estará determinada por el nivel socioeconómico. Ejemplos de esta índole se vieron en el campo chileno en el período de mayor recesión económica, en que el Programa de Empleo Mínimo para Jefes de Hogar (POJH), destinado a los sectores de extrema pobreza, reclutaba a hombres y a mujeres para realizar faenas pesadas, como arreglo de caminos. Muchas campesinas pese a sentir indigno este trabajo para mujeres, debieron realizarlo para poder subsistir con sus familias.

Si se desglosa cada uno de los elementos característicos de la socialización en el trabajo de las mujeres campesinas, es posible ver cómo cada uno de ellos se convierte en una respuesta adaptativa posible a las situaciones de cambio y cómo opera la transferencia de la experiencia obtenida en el plano hogareño al público.

La habilidad y destreza manual obtenida a partir del desempeño de tareas artesanales y domésticas aparece como una **ventaja comparativa** de las mujeres en el momento de reclutarse como fuerza de trabajo asalariado en el mercado laboral frutícola, que se caracteriza por su fuerte segregación por sexo, habiendo tareas diferenciadas para hombres y mujeres. Labores que requieren manipulación delicada como la limpieza y embalaje de la uva alistan fuerza de trabajo femenina, la que es objeto de un corto y mínimo entrenamiento. En este caso convergen el mecanismo adaptativo de las mujeres con las necesidades de un mercado de trabajo agrícola segmentado sexualmente.

Por otra parte, la mujer campesina tiene una ventaja laboral respecto a la mujer urbana gracias a su instrucción en las tareas productivas destinadas a la subsistencia del grupo familiar: si es necesario puede transformarse en fuerza de trabajo asalariada en actividades indiferenciadas por sexo, tales como siembra o cosecha. Ejemplos de este tipo se encuentran en zonas agrícolas que producen bienes-salario para el mercado interno.

En un contexto distinto, donde la mujer no se incorpora al mercado de trabajo asalariado y opta por una actividad por cuenta propia, es posible ver cómo opera de una manera similar la traslación de la experiencia doméstica a lo público a partir de una variación de la escala de las actividades o de la producción con fuerte acento en lo manual.

El desempeño de las tareas hogareñas es un entrenamiento de la mujer en la rutina, en la repetición de los mismos gestos y movimientos, lo que le permite desarrollar una gran resistencia a la reiteración en los mismos espacios y tareas. Esta característica posibilita a las mujeres desempeñar actividades económicas que no sufren ninguna transformación a lo largo de los años, que se realizan siempre en los mismos lugares sin innovación alguna, como en el caso del hilado o la transformación de determinados alimentos, recolección y secado de hongos o fruta, preparación de aceitunas, que si bien son producciones orientadas al mercado se rigen por la misma lógica rutinaria de lo doméstico. Situación similar es la del trabajo asalariado de las mujeres en las industrias conserveras donde pueden pasar años repitiendo el mismo movimiento de descamar un pescado o etiquetar botellas de vino.

Otra característica, que puede parecer contradictoria con la anterior, es la multiespecialización femenina en diversos tipos de tareas y el desempeño de varias de ellas en lapsos cortos de tiempo. En un día una mujer campesina cocina, riega el huerto, alimenta a los animales domésticos, cuida a los niños, lava o desarrolla alguna actividad artesanal. Esta multiespecialización también es una base experiencial importante con que cuenta a la hora de enfrentar cambios socio-económicos. No sólo le permite escoger entre respuestas adaptativas de corte doméstico (servicios) o productivos (agricultura o artesanía), sino combinar ambas a lo largo del año o en algún momento de éste, de tal forma de aprovechar las ventajas estacionales, ya sea como oferente de determinados productos o servicios o como vendedora de fuerza de trabajo en períodos de demanda temporal. Ello explica por qué las mujeres se acomodan pronto a la práctica del multitiempo femenino en el área rural en los últimos años posteriores a la crisis.

La capacidad de desarrollar simultáneamente diferentes actividades, siendo un aprendizaje que la mujer campesina hace desde la niñez, se transforma también en una ventaja adaptativa frente al cambio. Esto le permite pasar rápidamente de un rol productivo a uno reproductivo o bien realizar ambos simultáneamente en el espacio doméstico.

Las relaciones sociales:

La niña campesina a través de la observación y la imitación de su madre y de otras mujeres mayores va inter-

nalizando diferentes pautas relacionales que le permiten interactuar socialmente tanto a nivel familiar como extrafamiliar. Estas pautas están fuertemente marcadas por lo que la cultura asigna a las mujeres en este medio. Es así como la vocación de servicio a los demás se deriva de su responsabilidad en la reproducción familiar y esto mismo incide en la posición desigual de la mujer frente al padre, al marido o al hermano mayor al interior del hogar. La fuerza y las limitaciones de la mujer emanan de la misma fuente.

Al ser la mujer la depositaria y prodigadora de los afectos en la familia, tiene un lugar preferencial en la creación y ordenamiento de los espacios relacionales, tanto al interior del hogar como fuera de éste. Dentro de la casa la mujer actúa como mediadora y árbitro de las tensiones y conflictos entre hermanos, entre padre e hijo, entre hijos y vecinos; y en casos necesarios, actúa como mediadora entre la familia y otros, sean estos representantes de instituciones estatales, patrones o comerciantes.

La mujer compelida por su responsabilidad reproductiva ha actuado y actúa como mediadora en diferentes situaciones y espacios. Su relación con los otros está anclada y lleva el sello de su compromiso con los hijos y el bienestar de la familia. Ese es el sustento y la razón de sus incursiones en la calle y en los espacios públicos. (Esta característica, en tanto femenina, atraviesa las clases sociales, los períodos históricos y las coyunturas políticas).

La condición de la mujer como "dadora de vida" es una explicación posible al compromiso que adquiere ante sí misma y ante los demás para responsabilizarse por el bienestar de los familiares, además permite explicar las frecuentes funciones mediadoras de las mujeres campesinas entre el grupo familiar y diferentes tipos de instituciones y funcionarios.

Pese a que los beneficios de las instituciones estatales llegaron al campo varias décadas atrás, la actividad de la mujer como mediadora o articuladora de sistemas o espacios distintos y hasta contrarios entre sí, se remonta a épocas anteriores.

Entre los oficios característicamente femeninos del pasado en el campo chileno estaban los de partera, santiguadora, quebradora de empachos, curandera, rezadora y arregladora de "angelitos". En ausencia de una mujer especializada en estas tareas - si la necesidad se imponía - cualquier mujer mayor podía cumplir estas labores.

A partir del ejercicio de estas actividades vemos que la mujer se mueve en el ambiguo territorio de la vida y la muerte. Por una parte, como madre da vida, como partera ayuda a nacer, como curandera, quebradora de empachos o santiguadora trata de curar enfermedades y ante la evidencia de la muerte arregla al angelito, reza ante los santos pidiendo por el muerto y lo prepara, lavándolo y vistiéndolo, para enfrentar al Creador. Los territorios en que se mueve la mujer en estos casos son amplios y resbaladizos, actúa me-

diando entre el mundo natural y sobrenatural, entre la tierra y el cielo. La vida, la muerte y la salud se convierten así en territorios de dominio femenino^{9/}.

Otro territorio femenino es el de la socialización de los hijos al interior del hogar. Esta actividad se prolonga a los espacios extradomésticos una vez que ésta se ha formalizado en un sistema educativo centralizado, siendo la mujer la articuladora de familia y escuela a través de la interacción con profesores y otros miembros de la comunidad escolar, por medio de la participación en los centros de padres y la organización de eventos extraescolares. En los espacios educativos encontramos nuevamente a la mujer mediando entre familia y Estado, tratando de compatibilizar en lo inmediato la necesidad de trabajo infantil del grupo familiar con la obligatoriedad de la educación básica, y las necesidades actuales de la familia con la expectativa futura de una movilidad social ascendente de los hijos vía educación.

Otro ámbito en que aparece la mujer actuando como mediadora entre familia y Estado es todo aquel vinculado a la infraestructura de servicios. En el medio popular, tanto rural como urbano, la mujer es la que gestiona ante las autoridades o

9/ En la actualidad, en que el sistema de salud se ha institucionalizado, la mujer sigue teniendo un papel preponderante, producto de su socialización genérica. En el sector salud se encuentra un alto porcentaje de mujeres trabajando como auxiliares, enfermeras y médicos. Desde la perspectiva del usuario, las que acompañan a los enfermos a postas y hospitales son las mujeres. Algo similar ocurre con la muerte, donde las mujeres siguen siendo las que acompañan al agónico o moribundo y después de muerto las que participan activamente en el velorio y novenas, pese a que el arreglo del difunto corresponde a las empresas funerarias.

Municipalidad los servicios necesarios al bienestar familiar: vivienda, agua, luz, teléfono, postas y escuelas. La justificación cultural a estas interacciones está dada por la responsabilidad femenina en la reproducción. Vemos así como la mujer articula las relaciones sociales extrafamiliares y extradomésticas. Ella, que es por excelencia la distribuidora de afectos, tiende a personalizar sus relaciones con el otro. A través del establecimiento de relaciones cara a cara con los demás lleva las prácticas de reciprocidad e intercambio de favores más allá del ámbito familiar. Extiende las redes de relaciones del grupo familiar a través del compadrazgo y activa las relaciones parentales. En síntesis, se la socializa para actuar como relacionadora familiar y pública.

A partir de este aprendizaje, la mujer, en situaciones de desestructuración económica, social, familiar y comunal despliega toda su capacidad relacional para poder adaptarse a la nueva situación obteniendo ventajas que no le signifiquen grandes costos personales y familiares. Esta capacidad relacional de la mujer campesina, desarrollada en el ejercicio de sus actividades reproductivas, la vemos actuando en los dos sectores más extremos del campesinado actual: en la mujer asalariada de temporada en el sector frutícola de punta y en las artesanas/campesinas residentes en áreas de minifundios relativamente aisladas. La primera, transfiere a su espacio laboral su modo de interacción familiar, estableciendo relaciones de amistad con las otras trabajadoras, intentando personalizar sus relaciones laborales con jefes y capataces a través de la creación de confianzas y lealtades de las que espera una reciprocidad que no es monetaria pero que puede traducirse en ciertos beneficios que le permitan cumplir co-

mo madre y dueña de casa; por ejemplo una cierta flexibilidad de horarios o determinados permisos^{10/}.

Vemos, en este caso, que la mujer trata de manejar una situación laboral altamente formalizada y desconocida para ella apelando a su experiencia relacional en el ámbito familiar.

Las artesanas, en las relaciones de mercado, que son relaciones contractuales de compra/venta, personalizan su relación con el cliente a través de mecanismos como la "yapa", el regateo, o el descuento. De este modo, una relación fría e indiferenciada como la de mercado se transforma en una relación matizada por la amistad casera/cliente que en el futuro puede cimentarse a través de un compadrazgo o el intercambio de pequeños favores y servicios (Rebolledo, 1988b).

A través del ejercicio de estos mecanismos de interacción, la mujer extiende y fortalece sus relaciones sociales y laborales, simétricas y asimétricas buscando obtener beneficios para ella y su grupo familiar que van más allá del plano económico.

La mujer campesina ante las situaciones cambiantes que ha enfrentado en los últimos años ha sido un sujeto arti-

10/ Respecto a los mecanismos usados por las temporeras en su ejercicio laboral, véase Medel (1989).

culador e integrador de primera importancia. En ella se conjuntan tradición y modernidad, pasado y presente, reproducción y producción, doméstico y público, casa y calle.

En tanto organizadora del espacio doméstico es capaz de articular el trabajo familiar para desarrollar diversas estrategias de supervivencia. Distribuye tareas, reorienta actividades según edad y sexo, asigna funciones domésticas y extradomésticas. En suma, potencia el espacio hogareño y a su núcleo para enfrentar la crisis, todo ello en el marco de un reordenamiento familiar agudizado por la cesantía o ausencia masculina.

A través del desarrollo de diversas estrategias de subsistencias familiares donde se combinan tanto actividades realizadas en el sector formal como informal de la economía, la mujer actúa como articuladora a nivel del hogar de diferentes modos de producción y en sus rotaciones laborales anuales es capaz de integrar en sí misma estos diversos modos de producción.

Observaciones finales:

La mujer campesina apela en lo laboral a dos mecanismos de adaptación al cambio originados en su conocimiento y experiencia genérica, en un caso a través de la extensión de actividades domésticas a espacios extrafamiliares a cambio de una remuneración; en el otro utilizando sus habilidades para integrarse al mercado de productos o de trabajo agrícola.

La utilización de ambos mecanismos aunque eficaces, pues permiten a la mujer acomodarse a la nueva situa-

ción sin grandes rupturas culturales, tienen el problema de ser también factores de desplazamiento de la desigualdad y desvalorización de las actividades de la mujer desde la esfera doméstica a la esfera laboral. Todo ello se produce en el marco de una sociedad donde opera una división sexual del trabajo que no sólo asigna tareas diferenciadas a hombres y mujeres en la producción, sino que justifica ideológicamente la desigualdad de las unas respecto a los otros.

Otro dato importante a consignar es que justamente por la segmentación sexual del mercado de trabajo se produce una convergencia entre las necesidades de los empleadores y las expectativas de las mujeres que se reclutan en él. La temporalidad del trabajo frutícola, por ejemplo, es una inserción laboral precaria, por el tipo de pago, la falta de contrato de trabajo, la no previsión social, las malas condiciones de trabajo y los horarios, entre otras cosas. Sin embargo, las mujeres no obstante percibir esta precariedad, aprecian en ella la flexibilidad que les permite cumplir con sus responsabilidades productivas y reproductivas. Por otra parte, la temporalidad les permite hacer arreglos domésticos de corto plazo que les posibilitan trabajar por un salario sin afectar mayormente el funcionamiento familiar. Estos dos elementos hacen que las mujeres vean el trabajo de temporada como un buen trabajo, sin preocuparse que la temporalidad de su inserción laboral les impida el establecimiento de lazos duraderos con las otras trabajadoras, y la posibilidad de organizarse y conseguir mejores condiciones de trabajo. A esto contribuye, además, el mecanismo de personalizar las relaciones laborales que hacen las temporeras. Así, cada una de ellas intenta negociar cara a cara con el capataz o el administrador

algún beneficio. Por el tipo de negociación establecido (individual) cada mujer debe negociar cada vez partiendo de cero para conseguir algo.

Algo similar ocurre con las artesanas. Cada una de ellas en la relación de mercado trata de obtener ventajas personales, ya sea para abastecerse de materia prima o para realizar el producto. Esto se traduce en falta de organización, que de existir permitiría resolver o enfrentar colectivamente los problemas más urgentes, de producción y comercialización.

Desde el punto de vista estructural la utilización de los conocimientos adquiridos en las tareas domésticas y reproductivas sesgan y limitan la participación laboral y productiva de las mujeres. Así la habilidad manual y la multiespecialización - dos elementos característicos de traslación del espacio doméstico al laboral - conllevan un riesgo para la mujer, pues la presencia de esas habilidades y destrezas manuales adquiridas en una socialización genérica, la hacen muy vulnerable frente a la introducción de maquinaria o nuevas tecnologías. Su extrema especialización en lo manual la hace frágil frente al cambio tecnológico pues tenderá a ser desplazada del mercado de trabajo por maquinarias, que posiblemente - por una definición cultural -serán manejadas por hombres. Esta situación ya fue vivida por las ordeñadoras, que perdieron sus trabajos permanentes en las haciendas al introducirse la ordeña mecánica. A nivel de la artesanía algo parecido ocurrió en la aldea alfarera de Pomaire, donde la elaboración de cerámica era un oficio netamente femenino, que comienza a ser ejercido por hombres al introducirse cambios técnicos y las mujeres son desplazadas del oficio pasan-

do a ocupar cargos de ayudantes en las tareas más rutinarias y peor pagadas del trabajo alfarero.

Sin embargo, la visión catastrofista puede ser relativizada. Es posible que la segmentación del mercado por sexo, que usufructua de las habilidades y destrezas femeninas adquiridas en un espacio extraproduktivo, pueda actuar también como defensa contra la expulsión de las mujeres del mercado de trabajo agrícola. En este caso, la especialización manual femenina actuaría a favor de ellas y no en contra.

La necesidad de adaptarse a un nuevo modelo de desarrollo agrario, de encontrar soluciones propias a las situaciones de crisis que han debido enfrentar, ha provocado cambios en el ethos campesino. Sin embargo, no nos enfrentamos a la creación de formas de vida totalmente nuevas sino a adaptaciones del pasado en el presente, y las grandes artífices de esta continuidad cultural, pese a todo, han sido las mujeres campesinas. Hoy en Chile, hablar de campesinos es muchas veces hablar más de elementos culturales, de una visión del mundo y una manera de ubicarse en él que de una ligazón productiva con la tierra o de una conjunción de producción y consumo en una unidad doméstica.

BIBLIOGRAFIA

- Acuña, María E.: **Historia Agraria y Biografía**. Análisis de relatos biográficos de campesinos parceleros. Institut d etudes des pays en developpment. Centre de Recherches Latino-Americaines, Louvain La Neuve, Bélgica, 1988.

- Barraclough, Solón y J. Fernández: **Diagnóstico de la Reforma Agraria Chilena**. Ed. Siglo XXI, Buenos Aires, 1974.
- Bengoa, José: **El campesinado chileno después de la Reforma Agraria**. Ed. SUR, Santiago 1983.
- Jarvis, Lowell S.,: **Chilean Agricultural under military rule, from reform to reaction**. 1973-1980, IIS, California, 1985.
- Medel, Julia et. al.: **Las temporeras y su visión del trabajo**. Ed. CEM, Santiago 1989.
- Morandé, Pedro **Ritual y Palabra**. Centro Andino de Historia, Lima, 1980.
- PEMCI: **Historias testimoniales de mujeres del campo**. Círculo de Estudios de la Mujer/Academia de Humanismo Cristiano, Santiago, 1983.
- Rebolledo, Loreto: "Percepciones y representaciones femeninas: dibujos sobre la historia agraria". En L. Rebolledo et. al., **Notas sobre una intervención educativa**. Ed. CEM, Santiago, 1988a, pp. 59-77.
- "Las mujeres artesanas y su manejo del mundo público". En L. Rebolledo et. al., **Notas sobre una intervención educativa**. Ed. CEM, Santiago 1988b, pp. 132-139.
- Rivera, Rigoberto y María E. CRUZ: **Pobladores rurales**. GIA, Santiago, 1984.
- Valdés, Ximena: **La posición de la mujer en la hacienda**. Ed. CEM, Santiago 1988a.
- "La feminización del mercado de trabajo en Chile Central". En **Mundo de Mujer: continuidad y cambio**. Ed. CEM, Santiago 1988b.

PUBLICACIONES CEDEM

Colección Artes y Oficios

- Loceras de Pilén
Ximena Valdés
- Artesanas de Rari. Tramas en crin
Loreto Rebolledo

Colección Ensayos

- Madres y Huachos. Elementos del mestizaje chileno. (Coedición cuarto propio).
Sonia Montecino
- Revista Rulpa Dungun

El libro de la antropóloga Loreto Rebolledo, **Fragmentos. Oficios y Percepciones de las Mujeres del Campo**, es una recopilación de artículos y ponencias que la autora ha escrito y que hoy se reúnen en este volumen. Fragmentos porque son partes, trozos del mosaico que compone el rostro y el cuerpo femenino rural chileno. Así, la mirada sobre oficios antiguos y artesanales sobre interpretaciones que las mujeres levantan de su historia y de los cambios en ella acaecidos, conforman una óptica que va bordando la trama de una forma de morar el mundo.